

**CON IMPERIO
IMPERIALISMO**

CON **IMPERIO** **IMPERIALISMO**

La dinámica globalizadora del capitalismo neoliberal

James Petras **Luciano Vasapollo**
Henry Veltmeyer **Mauro Casadio**

POLÍTICA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2004

Título en inglés: *Empire with imperialism: The Globalizing Dynamics of Neoliberal Capitalism*. Agradecemos a los autores la cesión de derechos para su publicación en Cuba.

Edición, corrección y diseño interior: Pilar Jiménez Castro
Diseño de cubierta: Yuleydis Fernández Lago
Composición: Idalmis Valdés Herrera

Traductor: Félix de la Uz
© James Petras, Luciano Vasapollo,
Henry Veltmeyer y Mauro Casadio, 2004
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2004

Primera edición en español

ISBN 959-06-0707-1

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14, no. 4104 e/ 41 y 43, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.
e-mail: nuevomil@icl.cult.cu

ÍNDICE

- I. UN ANÁLISIS DEL CAPITALISMO ACTUAL:
INSTRUMENTOS PARA UN ANÁLISIS CRÍTICO / 1
 1. *De vuelta a lo básico: los instrumentos del análisis* / 3
 - Algunas cuestiones críticas / 3
 - El imperialismo del siglo XXI: hacia un análisis estructural / 6
 - Los bloques económicos / 12
 - La teoría del valor y el imperialismo / 16
 - ¿Llegó de nuevo a su fin la *Belle Époque*? / 17
 - La crisis de la hegemonía / 20
 - Una cuestión de subjetividad / 23
 - La relación capital-trabajo en el análisis marxista / 25
 2. *El trabajo y el bloque social antagónico* / 29
 - Introducción / 29
 - Una premisa económica / 30
 - ¿Una nueva hipótesis para un mundo nuevo? / 31
 - Del fordismo al posfordismo / 34
 - Los méritos de un análisis estructural de clase: algunas tendencias en curso / 38
 - La producción de mercancías, la *filière* productiva y las fábricas modulares / 39
 - El desarrollo estratégico de los servicios / 40
 - Los bloques económicos y la dimensión internacional de la clase obrera / 43
 - El posfordismo y los modelos de flexibilización del trabajo y la vida social / 46
 - El posfordismo en Italia: nuevas formas de la división del trabajo y la nueva estructura de la clase obrera / 52
 - Desde el Estado social, como agente de la mediación del conflicto y la cooptación social, hasta el Estado de la ganancia basado en la cultura empresarial / 59

3. *El conflicto social en la época de la globalización neoliberal* / 62
El Estado de la ganancia y el militarismo keynesiano / 62
Los viejos y persistentes mitos no oscurecen la importancia de las ideas marxistas / 67
La posibilidad de suprimir el capitalismo está inserta en la relación entre el capital y el trabajo / 71
- II. LA DINÁMICA GLOBAL DEL CAPITALISMO NEOLIBERAL / 75
4. *Globalización neoliberal y desarrollo capitalista* / 77
La nueva fase del capitalismo / 79
El nuevo régimen de acumulación de capital en Italia / 83
5. *El Estado y el Nuevo Orden Mundial* / 88
Modelos de desarrollo capitalista / 89
El Estado en la época de la competencia global / 91
Europa en la batalla por el mercado mundial / 95
De la concertación a la competencia / 100
Divergencias cada vez mayores / 101
La incubación del proyecto de un Nuevo Siglo Norteamericano / 102
La crisis de la OTAN / 103
Contradicciones dentro de la Unión Europea / 104
El lado oscuro de Europa / 105
Modelos de desarrollo y organización capitalista / 106
Integración europea y competencia global / 111
6. *Europa dentro del imperio* / 114
La Unión Europea y el déficit democrático / 114
Una súbita aceleración / 115
La preocupante identidad europea / 116
El ataque al Estado de bienestar / 117
Europa se “americaniza” en la competencia con los Estados Unidos / 119
Interrogantes que esperan por una respuesta / 119
La competencia tecnológica entre Europa y los Estados Unidos / 120
La carrera espacial. Los satélites de la discordia / 120
Galileo: un proyecto europeo que rompe el monopolio norteamericano / 121
Washington contra Galileo / 122
Las industrias aeroespacial y militar y la competencia global / 124
La partida en torno a Finmeccanica / 125
Los Estados Unidos desean poner fin al “desacople europeo” / 127
7. *El teatro euroasiático de la guerra imperialista* / 129
Los recursos energéticos y el control geopolítico: El gran juego en Asia Central / 129
El fundamento geopolítico de la guerra infinita / 130
El asalto de Eurasia / 131

La “normalización” de los Balcanes / 132
Las relaciones de poder en Eurasia / 133
La “Ley de Estrategia del Camino de la Seda” / 135
La competencia por la energía y la competencia geopolítica en Asia Central / 136
Afganistán dentro del “gran juego” de Eurasia / 139
Kazajstán como objetivo / 140
El mapa del tesoro del Mar Caspio / 141
Una guerra en curso alrededor del Mar Caspio / 141
El Oriente Medio en el epicentro de la crisis / 143
El Oriente Medio en la estrategia de los Estados Unidos / 146
Después de Iraq... ¿Irán? / 148
Iraq: un chivo expiatorio / 151

8. *Zonas de competencia: El Oriente Medio, Rusia y China* / 153
Los Estados Unidos y Europa en el Oriente Medio. Cuestiones de competencia / 153
Rusia, una variante estratégica / 155
China, una variante independiente / 161
China después de dos años de la Organización Mundial del Comercio / 162
La política o la economía: ¿cuál es la determinante? / 163
La lucha dentro del PCCh / 165
China y Asia: sorpresas a la vista / 166

III. LA DINÁMICA DE LA CONSTRUCCIÓN DEL IMPERIO / 169

9. *La república de los Estados Unidos y la importancia del imperio* / 171
La estructura del imperio económico de los Estados Unidos / 173
Militarismo e imperio económico / 177
La decadencia de la república / 181
La guerra imperial y la república / 184
El conflicto entre imperios / 185
Circos sí, pero pan no / 190
10. *El pillaje imperial: Los Estados Unidos en América Latina* / 194
Introducción / 194
Relaciones entre imperio y Estado-cliente en la “periferia” de América Latina / 195
El pillaje imperial, alimento de los tiburones / 198
El “cómo” del dominio imperial / 212
Las nuevas direcciones del Imperio / 214
11. *La dinámica de la construcción del imperio y el dominio imperial* / 218
Las clases y el Estado en el imperio norteamericano / 219
Conflictos interimperialistas y nacionales de clases / 220

La construcción del imperio: la omnipotencia a la vista
del observador / 225
¿El futuro del imperio? / 228

IV. LA POLÍTICA DE RESISTENCIA ANTIMPERIALISTA / 237

12. *La dinámica de clases de la política antimperialista* / 239
Los movimientos antimperialistas / 239
Las condiciones para el surgimiento de los movimientos
antimperialistas / 241
Los movimientos antimperialistas en una perspectiva histórica / 244
El antimperialismo en los Estados Unidos / 246
El imperialismo y la estructura de clases / 249
Organización de las clases y políticas antimperialistas / 252
Algunas cuestiones teóricas / 254
Movimientos y regímenes antimperialistas / 255
Los grandes movimientos sostenidos / 256
Tácticas y estrategia de los movimientos antimperialistas / 261
Reflexiones sobre los movimientos antimperialistas: hacia una
teoría / 265
13. *Los movimientos sociales y el cambio de época: La conexión
europea* / 267
Un movimiento para interrogar el pasado / 267
Pasos de avance y cuestiones por resolver / 269
“Vía campesina” contra “nuevo global”: el debate dentro
del movimiento / 274
El movimiento en pro de los palestinos: experiencias y lecciones / 276
La Europa imperial y la cuestión cubana / 279
Las relaciones entre los movimientos y los grupos europeos
de poder / 287

BIBLIOGRAFÍA / 291

I
**UN ANÁLISIS DEL CAPITALISMO ACTUAL:
INSTRUMENTOS PARA UN ANÁLISIS
CRÍTICO**

1. DE VUELTA A LO BÁSICO: LOS INSTRUMENTOS DEL ANÁLISIS

Algunas cuestiones críticas

El cambio que tuvo lugar en los años noventa del siglo XX después de la caída de la Unión Soviética dejó su impronta en las décadas siguientes de la humanidad. La expansión del sistema capitalista por todo el mundo se convirtió en un hecho concreto; aquella parte del mundo que había ensayado un tipo diferente de desarrollo volvió atrás, y el sistema actual penetró en todos los dominios económicos, sociales y geográficos imponiéndoles sus propias reglas.

Aquellos países que todavía se denominan socialistas tuvieron que enfrentar esta nueva situación e introducir parcialmente relaciones capitalistas. China, cuyo socialismo cargado de contradicciones es complejo y su resultado es aún incierto, también tuvo que adoptar este enfoque. Queda por ver si como condición de su participación en la economía global se verá forzada a seguir o será conducida por esta vía aparentemente capitalista o si será capaz de enfrentar el reto de la globalización capitalista neoliberal. Estas cuestiones se debaten desde diferentes perspectivas.

El mundo cambió de una situación bipolar a otra donde existen muchos sujetos que se caracterizan por profundas contradicciones o modificaciones en sus Estados. Se trata de auténticas transformaciones que guardan relación con las condiciones materiales en las que operan diferentes “actores” internacionales y en las que las relaciones de poder recíprocas y muy desiguales desempeñan un papel determinante.

En el escenario actual existe una pluralidad de sujetos o actores que cuentan con un potencial económico, político, militar y nuclear que a mediano plazo cuestionan las relaciones de poder heredadas del anterior sistema bipolar.

En este escenario los Estados Unidos son, sin lugar a dudas, el protagonista principal. Pero es evidente, como mostraremos más adelante, que este país está perdiendo terreno en la esfera económica en relación con sus principales competidores, en particular con la Unión Europea. Está emergiendo un nuevo polo europeo como una gran potencia mun-

dial comparable a los Estados Unidos, aunque con muchas dificultades y contradicciones.

Europa no es el único candidato potencial a convertirse en sujeto de la competencia global. También China posee todos los requisitos subjetivos y objetivos para desempeñar este papel, aunque en este momento no puede competir con las potencias occidentales y Rusia, aunque en lo económico y militar no se iguala a los Estados Unidos, posee un arsenal nuclear que heredó de la Unión Soviética. Esto sigue siendo un factor importante en las relaciones internacionales, toda vez que refleja la estructura de las relaciones de poder en este nivel. Rusia puede conservar su papel gracias a sus vastas reservas de recursos naturales y a su capacidad para producir energía.

Es este el nuevo escenario que surgió una vez que el sistema bipolar llegó a su fin. Se trata de un mundo donde los Estados Unidos son la potencia hegemónica, pero donde también nacen potencias nuevas en el contexto de relaciones internacionales conformadas por el más reciente viraje en el desarrollo capitalista. La competencia entre sistemas sociales diferentes es sustituida por la competencia entre potencias distintas dentro de un mismo sistema capitalista mundial. Esta competencia, aunque habitualmente favorece a los Estados Unidos, prefigura una inestabilidad internacional que constituye un reto para todas las posiciones anteriores de dominio económico, político y militar. Los Estados Unidos enfrentan ya un escenario en el que retienen la supremacía militar pero pierden su superioridad económica y su hegemonía financiera.

Este cambio histórico en la situación internacional se interpreta de diferentes modos, pero todas estas interpretaciones son apologeticas. Para aquellos que contemplan el mundo desde la óptica de la “democracia” liberal, esta multipolaridad que surge constituye una oportunidad para restaurar el balance de fuerzas y con él un mundo mas armonioso basado en la unión entre capitalismo y democracia. En este escenario, las relaciones internacionales entre el Norte y el Sur se democratizan y el desarrollo global, que solo el capitalismo puede garantizar después de su victoria contra el socialismo, restringe las contradicciones de clase y económicas. Es este el punto de vista que sustentan, ante todo, los proeuropeos, quienes consideran que el mundo multipolar constituye una oportunidad que Europa debe aprovechar para recuperar el papel histórico que había perdido como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, nos ofrece un ejemplo de esta visión del futuro. En sus recientes escritos ha expuesto claramente su programa político, que depende de la necesidad que tiene Europa de convertirse en una gran potencia en el nuevo siglo.

En una interpretación más “realista” (“geopolítica”) del futuro, el mundo es un gran “tablero de ajedrez” donde las grandes potencias se enfrascan en una partida política en la que está en juego el dominio o la hegemonía mundial. Se asume que el sistema actual seguirá generando

tasas adecuadas de acumulación de capital y crecimiento económico. En esta cuestión, la interpretación “geopolítica” de los asuntos mundiales comparte el punto de vista “democrático liberal”. Por lo menos este parece ser el argumento de aquellos que piensan que es posible determinar el poder mundial por medios militares a un costo aceptable. La clase dominante norteamericana y la administración Bush son los principales partidarios de esta interpretación “geopolítica”. Este punto de vista se apoya en el argumento de que la fuerza militar es necesaria para proporcionar una sombrilla de seguridad al sistema.

Pero existe también una tercera interpretación que, al tiempo que se considera “antagónica” del argumento según el cual los Estados Unidos deben proyectar su fuerza militar, acepta la noción de que el capitalismo no tiene otras contradicciones internas con la excepción de una “multitud” mítica que se considera la única fuerza capaz de transformar el sistema actual. Nos referimos aquí a la teoría del “imperio” elaborada por Toni Negri y Michael Hardt. Para ellos, la formación del “imperio” es la fuerza motriz de un desarrollo capitalista que se caracteriza por la superación del Estado-nación. No pretendemos analizar detalladamente sus puntos de vista y nuestras diferencias con ellos.* En esta obra solo destacaremos la contradicción que surge en los primeros capítulos, contradicción que tiene que ver con la dimensión jurídica del sistema capitalista, y con el pensamiento burgués (y el pensamiento de Hardt y Negri es completamente burgués). En realidad, la crisis en el funcionamiento de virtualmente todas las instituciones que forman el orden mundial neoliberal debería ser obvia. Pero estas son las mismas instituciones que debían ser la fuerza motriz de un sistema global en el cual el capital impondría su “imperio” al Estado-nación. Esto incluye a los Estados Unidos, que aparece simplemente como un miembro, aunque el más importante, de las Naciones Unidas. Pero la ONU —junto con la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM)— ha dejado de ser el lugar donde se median las necesidades e intereses diferentes y orgánicamente recíprocos de las distintas fracciones del capital mundial. Por el contrario, como mostró la agresión norteamericana contra Iraq, son esos los lugares donde los diferentes actores defienden sus propios intereses en detrimento de los de sus competidores a riesgo de irremediables rupturas. En los pasillos donde se elabora la política norteamericana este problema se contempla como una cuestión de “exageración imperial” y que exige adoptar un enfoque más multilateral de los asuntos mundiales.

Estas diversas interpretaciones, que exponemos en términos muy generales y sintéticos, son muy limitadas. Es más, son erróneas. Por un

* Véase M. Casadio, J. Petras, L. Vasapollo: *Clash! Scontro tra potenze. La realtà della globalizzazione*, Jaca Book, Milano, 2004.

lado, no son más que un instrumento de los intereses internacionales y sirven así de ideología dominante, entendida en su sentido clásico: como un medio para generar una “falsa conciencia” en las masas, que son objeto de una manipulación sistemática y planeada. Por otro —y aquí tenemos en cuenta la teoría del Imperio—, nos parece que algunos rasgos exteriores de una fase específica del capitalismo se generalizan de una manera inadecuada. Algunos aspectos fenomenológicos se tratan como si fueran esenciales, cuando en realidad son transitorios y esconden procesos fundamentales del modo de producción capitalista. Los efectos políticos de semejante concepción producen un “pensamiento nebuloso”, es decir, una incapacidad para concebir alternativas exitosas. En realidad, estas ideas no están subordinadas al Imperio sino, como muestra la postura de Negri, a una parte de él, esto es, a la parte “democrática” y “multipolar” que contradice la unidad del Imperio hipotético.

Por consiguiente, debemos desarrollar un análisis que preste más atención a los aspectos estructurales e históricos si aspiramos a interpretar la naturaleza del imperialismo del siglo XXI. Este imperialismo se manifiesta en formas materiales diferentes a las que analizara Lenin, aunque conserva su esencia.

No enfrentamos entonces a una declinación de la capacidad del capitalismo para planificar que vuelve a generar viejos escenarios bajo formas diferentes. Debemos reflexionar sobre esta declinación y sus causas, sobre las razones por las que el capitalismo regresa a un estado anterior que choca con los intereses de la humanidad.

También debemos verificar y fortalecer las categorías del análisis marxista de la realidad que quedaron a merced de la ortodoxia y el economicismo. Debemos actualizar y otorgar nuevo vigor a esas categorías y a nuestro análisis.

El imperialismo del siglo XXI: hacia un análisis estructural

La excesiva importancia que el movimiento obrero y comunista le dieron a la dimensión estructural en el análisis del modo capitalista de producción solía originar una perspectiva economicista que, al hacerse dominante, se convirtió en fuente de serios errores políticos y teóricos. Por otra parte, esta crítica, que nunca debió perderse de vista, no debe ocasionar una subestimación de la importancia que tiene la dimensión estructural como condición general del choque entre acciones y conciencia.

Un análisis del imperialismo exige tomar en cuenta la teoría leninista, incluso cuando abordamos el imperialismo del siglo XXI partiendo de consideraciones previas. Pero no debemos considerar los escritos de Lenin como un dogma. Por el contrario, debemos tratar de comprender

si los rasgos fundamentales que Lenin describiera siguen siendo válidos en la fase actual.

Desde esta perspectiva, es claro que el proceso de concentración del capital aún es una fuerza decisiva. Somos testigos del florecimiento de las concentraciones industriales, comerciales y financieras en todos los países capitalistas avanzados. En lo esencial, las compañías siguen estando obligadas a forjar alianzas que producen un número cada vez mayor de concentraciones. No solo tenemos en cuenta las concentraciones espaciales, sino también las de las propiedades y las finanzas.

Desde comienzos del siglo xx, tres han sido los picos en los procesos de *concentración técnica*, *concentración económica*, *concentración financiera* y, por último, *concentración territorial*. La primera tuvo lugar entre 1897 y 1905. Durante este período, un promedio anual de 350 compañías desaparecieron como resultado de procesos de fusión. El punto superior se alcanzó en 1898, cuando 1 208 compañías fueron adquiridas. El segundo pico se registró a mediados del veinte del siglo xx, entre 1925 y 1929, cuando se fusionaron unas 4 500 compañías. El tercer pico se alcanzó entre 1955 y 1968. Durante este período 1 114 compañías fueron absorbidas y un número mayor de compañías prefirieron comprar empresas ya existentes en lugar de crear otras. El proceso de concentración se detuvo después de las crisis del petróleo de 1974 y 1979. Pero ya a partir de mediados de los años ochenta un número cada vez mayor de firmas, incluidas las grandes, se fusionaron. Estos años se caracterizaron por innumerables adquisiciones extranjeras como resultado de la progresiva internacionalización de las actividades de las compañías.

Obsérvese que, mientras que en la década de los ochenta las grandes adquisiciones y fusiones tuvieron lugar en el sector manufacturero, las nuevas tienen rasgos diferentes debido a la apertura de nuevos mercados, lo que a su vez guarda relación con la liberalización de las inversiones y la circulación del capital. Esto ocurre sobre todo en el sector de los servicios, lo que facilitó la expansión de las actividades de las firmas en el exterior en virtud del tamaño de las compañías y del extendido ámbito de las multinacionales en lo concerniente a la producción y la ubicación. Hoy día las multinacionales prestan mucha mayor atención al capital inmaterial en el proceso de producción y al nivel medio de desarrollo de las zonas geoeconómicas.

Por ejemplo, un análisis de la concentración de las finanzas y la producción muestra claramente que las compañías europeas tienden a fusionarse con compañías —o a adquirirlas— fuera de las fronteras de los Estados Unidos, aunque las reglas y los métodos de las fusiones y adquisiciones varían de un país a otro. En los últimos años, donde más adquisiciones tuvieron lugar fue en Francia, en términos del control de propiedades conjuntas extranjeras. Suecia, Suiza, Alemania y Holanda siguieron la misma política. El Reino Unido, por otra parte, es el mercado más fácil de conquistar. Por ejemplo, Nissan trasladó su división de

ensamblaje a ese país, mientras que ICL fue adquirida por Jujitsu con el fin de incrementar su parte en el mercado de las computadoras. Las alianzas entre Rover y Honda, y entre Volkswagen y Suzuki nacieron con el fin de aumentar la producción y la rentabilidad a cambio del acceso a los mercados del Reino Unido y Alemania.

Por otra parte, la considerable concentración de grandes compañías norteamericanas en la mayoría de los casos se debe a intensos procesos de fusiones y adquisiciones. Nos enfrentamos a un dramático proceso de concentración que no tiene paralelo histórico. Basta mencionar que en solo un año, 1999, se realizaron 25 000 transacciones de este tipo.

Estas transacciones aumentaron un 14% en el 2000. Su importancia se puede entender mejor si observamos su magnitud: 500 millardos* de dólares en 1990, 2 500 en 1998 y 5 000 en el 2000. La burbuja especulativa hizo algo más lento este proceso, pero se puede pronosticar que la crisis de liquidez provocará una nueva ola de fusiones. Debemos señalar también otro hecho importante: la “función decisiva” de los monopolios. Si consideramos las 274 compañías de la Unión Europea que se encuentran entre las mayores del mundo, veremos que en el 2001 la facturación de 18 compañías alemanas fue de 737 millardos de euros, la de 24 compañías francesas alcanzó los 474 millardos de euros y la de 13 compañías italianas los 170 millardos.

Este fenómeno ocurre tanto en los Estados Unidos como en Europa y Asia. Los procesos de concentración acelerada que afectan a todos los grandes polos capitalistas condujeron a una economía mundial que se encuentra cada vez más en manos de multinacionales. Poseen una infinita capacidad para controlar el mundo, aunque esto tiene lugar en consonancia con diferentes modelos organizativos y técnicos según el sistema de la empresa y el tipo de capitalismo.

Debemos subrayar que debido a estos procesos de internacionalización económica y relocalización productiva, los principales polos capitalistas se ven afectados por constantes fusiones, adquisiciones y concentraciones financieras e industriales que suelen adoptar la forma de procesos capitalistas que buscan agrandar su espacio de competencia. En este contexto las multinacionales desempeñan un papel estratégicamente fundamental. Es por ello que debemos destacar las fusiones y adquisiciones relacionadas con la “nueva geografía” de los sectores y propiedades de las multinacionales.

La competencia global y el desarrollo tecnológico influyó grandemente en la dirección, la dinámica sectorial y de ubicación, y la organización de los procesos productivos de las multinacionales. Pero la mayor parte de las fusiones y adquisiciones debe relacionarse con las políticas de privatización de estos últimos años. Por ejemplo, la mayoría de las operaciones en el sector de las telecomunicaciones se realizaron en Bra-

* Un millardo = 1 000 millones. (*N. de la E.*).

sil, donde casi todas las compañías de ese sector (por ejemplo, Telebràs) fueron privatizadas. Un estudio reciente de la UNCTAD (sigla en inglés: United Nations Commission on Trade and Development), que abarca las fusiones y adquisiciones durante la década de los noventa, muestra que el mayor crecimiento se produjo en el sector automovilístico, donde también se pueden observar que las mayores fusiones y adquisiciones ocurrieron a finales de esa década. En las telecomunicaciones se establecieron nuevas alianzas internacionales debido sobre todo a las recientes liberalizaciones y privatizaciones que se llevaron a cabo en ese sector en los principales países industrializados.

Asimismo, debemos recordar la fusión del capital bancario e industrial que determinó la formación de la oligarquía financiera. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la parte porcentual de las compañías de seguros y bancos en las compañías industriales de los países más importantes de la Unión Europea. La sola compañía Allianz forma parte de 29 asociaciones industriales con un valor de 51 millardos de euros. Las mayores son: Beiersdorf (38% de las acciones), Man (25%), Linde (11%), Basf, RWE, Schering (10%), Bayer (7,5%). Las 10 asociaciones de Dresner (que tienen un valor de 19 millardos de dólares) deben añadirse a estas 29 después de que esta última se fusionó con Allianz. Las más importantes son Heidelberg Zement (20%), Metallgesellschaft (12,6%), Continental (11%) y BMW (5%). En cuanto al Deutsche Bank, sus 18 asociaciones con un valor de 22 millardos de dólares incluyen a Holzmanb (15%), Metallgesellschaft (13%), Daimler Chrysler (12%), Linde (10%), Heidelberg Zement (8,7%) y Continental (8%). Commerzbank (que ocupa el último lugar con una participación de “solo” 7,3 millardos) posee partes importantes en Thyssen-Krupp (18%), Linde (10%), Man (6,5%) y Holzman (4,9%). La globalización en curso del sistema capitalismo, tal como ocurría en época de Lenin, se caracteriza por el predominio de las exportaciones de capital sobre las de mercancías. Podemos asegurar, sin temor a que se nos contradiga, que en el paradigma productivo actual los países capitalistas importan mercancías de los dominados pero conservan su predominio gracias a su supremacía financiera y sus exportaciones de capital.

Después de la crisis internacional, las grandes potencias económicas tuvieron que acelerar las reformas de los mercados financieros y monetarios internacionales interviniendo en la política monetaria y reduciendo repetidamente las tasas de interés, y de ese modo obtener un poder absoluto sobre los “países en desarrollo” y controlarlos política y económicamente.

El crecimiento económico de algunos de estos países se debió a los procesos de acumulación y cambio tecnológico que originaron un nuevo modelo de dependencia económica y financiera en los dos grandes bloques económicos, los Estados Unidos y la Unión Europea. La moderna reproducción en gran escala del aparato industrial se basa en las

importaciones de maquinaria, herramientas y productos terminados. El gran nivel de importaciones inherente a este modelo de crecimiento, la falta de dinamismo de los sectores exportadores, las relaciones de intercambio desigual, la dinámica de las Inversiones Extranjeras Directas (IED), los movimientos del capital financiero y la repatriación de las ganancias son algunas de las causas del desequilibrio macroeconómico y de la tendencia constante hacia los déficit en la balanza comercial. Este último se trata de resolver recurriendo a la deuda externa y al capital extranjero como medio de conseguir un equilibrio en la balanza de pagos. Este modo de acción económica determina cada vez más las políticas monetaristas y neoliberales, aunque no afecta las causas más profundas del desequilibrio en la estructura de producción, por lo que incrementa el déficit comercial.

Muchos gobiernos de los países en desarrollo, debido a que aceptan las recomendaciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, siguen aplicando políticas de “ajuste estructural”, abren sus mercados a un ritmo acelerado, privatizan las empresas estatales, desregulan la economía y recurren a políticas antinflacionarias. Las primeras consecuencias de estas políticas son la reducción de los salarios reales, el aumento del desempleo, la desindustrialización, la ausencia de inversiones reales y productivas financiadas por el capital nacional y, por tanto, la mayor dependencia respecto de los grandes bloques económicos. Además del incremento de la deuda externa y del empleo del capital extranjero, aumentan la rentabilidad de este y la repatriación de las ganancias lo que, por consiguiente, se traduce en el desequilibrio del sector exportador. El refinanciamiento de la deuda acumulada ocasiona una entrada cada vez mayor de capital extranjero.

Lejos de desacelerar la descapitalización, todo esto ayuda a financiar un desarrollo dependiente con la ilusión de conseguir ventajas duraderas. Pero a fin de mantener los niveles de rentabilidad se estimulan, tanto el empleo del capital extranjero, como la dependencia de las estructuras y los equipos foráneos, se explota cada vez más a los trabajadores, se reducen las inversiones públicas y se aplican políticas restrictivas. Por lo tanto, los países en desarrollo, a través de sus gobiernos (que también son clientes de la gran potencia), entran en un círculo vicioso de dependencia tecnológica y financiera que no hace más que elevar la deuda externa y hacer más difícil la supervivencia de poblaciones enteras.

Los procesos de globalización de la economía y, dentro de ellos, el papel dominante de las finanzas se le imponen al Tercer Mundo junto con nuevas formas de la acumulación flexible. A la luz de lo expuesto anteriormente, estos procesos se convierten, junto con la turbulencia de los mercados, en factores sumamente importantes que pueden influir decisivamente en los procesos de toma de decisiones relacionados con la creación de valor mediante las inversiones y, de una manera más general, con la acumulación.

La tendencia hacia el predominio de las finanzas en la economía nunca ha sido tan fuerte. Si existe un mercado global no es este el de la fuerza de trabajo y las mercancías. La política de barreras comerciales es cada vez más fuerte pero los mercados de capital se desregulan y liberalizan sin cesar.

Desde la década de los ochenta, la especulación financiera recobró fuerzas y volvió a convertirse en un protagonista en la escena mundial. En la de los noventa, los movimientos de capital internacional se emplearon para generar crisis en algunas zonas económicas. El comienzo tuvo lugar en 1995. Ese año marcó la subordinación de México a los Estados Unidos. La crisis de 1998-1999 la siguió. Abarcó los países asiáticos, Rusia y, sobre todo, Japón. Este último dejó de ser un protagonista económico internacional para convertirse en un sujeto secundario del escenario mundial. Este retroceso contuvo las ambiciones que tenía Japón de convertirse en centro del bloque económico asiático, un objetivo que databa de la década de los noventa.

El dominio del capital financiero en el imperialismo del siglo xx resulta evidente y algunos datos lo demuestran fácilmente. Es bien sabido que los flujos financieros actuales son un múltiplo de los flujos comerciales. Por ejemplo, en 1998 el movimiento diario de capitales en el mundo era de unos 2 000 millardos de dólares. Pero solo 1/50 o quizás incluso un 1/100 de esta cifra tenía relación con el comercio. El incremento de estas cifras es muy importante. Calculadas sobre una base de treinta años, las transacciones financieras fueron de 10-20 millardos de dólares diarios en 1970, de 80 millardos en 1980, de 500 millardos en 1990 y, como ya se mencionó, de 2 000 millardos de dólares en 1998.

Por último debemos mencionar que, después de la caída de la URSS, la recomposición de las zonas mundiales de influencia recobró velocidad. Ya mencionamos el cambio trascendental que tuvo lugar en la década de los noventa hacia un mundo multipolar. En este, además de las diferentes relaciones de poder, cada Estado dominante hace lo posible por obtener mayores cuotas de riqueza y se reorganiza más allá de su dimensión nacional. Esta nueva subdivisión del mundo, diferente de la subdivisión colonial del siglo xix, tiene una función central. De hecho, la división actual, o lo que sería más exacto, el reparto del mundo no sólo define las zonas de influencia de las distintas unidades imperialistas, sino también traza nuevas configuraciones estatales y geopolíticas cuyos contornos surgen de una manera cada vez más claras mediante la constitución de varios bloques económicos de zonas y alrededor de las potencias hegemónicas. Esta situación ocasiona cambios estructurales tanto en los países imperialistas como en los dominados. Aparece entonces una integración más orgánica, diferente a la colonial, que no hace desaparecer los Estados-naciones. Por el contrario, determina un desarrollo históricamente nuevo que no está encaminado a la constitución del llamado "Imperio", sino hacia la nueva configuración del imperialismo actual.

Los bloques económicos

La crisis de la economía internacional entró en una nueva fase cuyo rasgo fundamental consiste en que los Estados-naciones se hacen responsables del curso del conflicto entre diversas burguesías nacionales. De este modo el conflicto económico se traslada al plano político y militar.

El estallido del conflicto político entre las grandes potencias y la posibilidad de que se desencadene una guerra provocarán inevitablemente la movilización subjetiva de las grandes masas alrededor del tema de la paz y la justicia internacional. La tarea de los intelectuales consiste en interpretar las tendencias objetivas del desarrollo capitalista y contribuir a dar forma a los anhelos de paz y justicia.

El conflicto entre las principales zonas de desarrollo capitalista (América del Norte, Europa Occidental y Japón) por la distribución del poder económico entre esas zonas se han mantenido durante años. Hasta 1966, el valor de la producción industrial de los Estados Unidos era mayor que el de Europa Occidental y Japón juntos. Pero, desde 1975 es menor que el de la sola Unión Europea. Este conflicto proviene del intento de los Estados Unidos por incrementar su cuota o, en todo caso, hacer más lenta la disminución de su importancia económica en el mundo.

*El continuo debilitamiento del potencial económico norteamericano implicaría eventualmente que los Estados Unidos son incapaces de seguir controlando los instrumentos de regulación (por imperfectos que estos sean) del proceso de producción, intercambio y acumulación de la economía internacional, es decir, el control del suministro de la divisa internacional, de los flujos financieros internacionales y de las reglas del intercambio internacional. La pérdida de este control se añadiría a la de su importancia económica y reduciría la economía norteamericana a una condición de subordinación en relación con los impulsos provenientes de la economía internacional. Podría también surgir el peligro de que otro se apropiara del control de los instrumentos de la regulación capitalista internacional, lo que infligiría grandes daños al capitalismo norteamericano. Estos párrafos se extrajeron de un trabajo titulado *La fragmentación de la economía mundial*, escrito a comienzos de la década de los ochenta por Riccardo Parboni, un economista que falleció a finales de esa década.*

La interpretación de Parboni enfoca correctamente las contradicciones que habrían determinado los subsiguientes acontecimientos y el cambio histórico del desarrollo capitalista. En aquel momento era imposible prever el momento y las formas de este cambio, pero si era posible discernir sus tendencias.

Con el surgimiento de las contradicciones entre las grandes potencias capitalistas, que se manifestaron por primera vez desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y otros países en-

frentan el problema de cómo abordar esta nueva situación y su amenaza potencial para toda la estructura de la sociedad capitalista. Esto coincide con la hipótesis de Parboni en cuanto a las movilizaciones en favor de la paz, que describía escenarios que no se materializarían en las formas y el momento hipotéticos.

El capitalismo sale de esa situación siguiendo políticas específicas. Solo podemos esbozarlas sin llegar a una descripción y un análisis detallados. La primera es un cambio radical del aparato productivo tanto en los países “centrales” como en el que se acostumbra llamar Tercer Mundo. Este cambio se produjo mediante el desmantelamiento de las enormes fábricas fordistas en las naciones imperialistas, la descentralización y la relocalización de la producción, y el desarrollo de grandes redes de actividades de servicios, distribución y financieras. Estos, los sectores más avanzados de la producción y la mercadotecnia, utilizaron la revolución científico-técnica de esa época mediante el desarrollo de la tecnología de computación, la automatización y sus aplicaciones prácticas. Este proceso de reorganización y de desarrollo tecnológico iba acompañado de una política antiobrera que desmantelaba lenta pero inexorablemente las conquistas jurídicas y económicas conseguidas por las luchas de la clase obrera en la década precedente.

En los países imperialistas se llevó a cabo una profunda reestructuración social a través del predominio de las finanzas en la economía después de la crisis de la década de los setenta. Gracias a estas reorganizaciones, las ganancias —que estuvieron jadeando después de años de constantes crisis y reestructuraciones— aumentaron como resultado de las privatizaciones, los recortes de gastos sociales y el despojo de los fondos de pequeños ahorristas. Las políticas en los antiguos países del Tercer Mundo tenían los mismos rasgos que las de los países imperialistas, aunque desde el punto de vista cuantitativo parecían robos feroces. En particular, la política de deuda externa que proponían el FMI y el Banco Mundial consiguió forzar a países y zonas enteras de los continentes a la miseria más oscura y desesperada.

Por último, los Estados Unidos, con el fin de conservar su hegemonía en el mundo occidental, comenzaron una política agresiva contra la Unión Soviética basada en el incremento de los gastos militares —que funcionó también como ayuda a una economía de pobre desempeño— y la supresión de la autonomía de otros países en sus relaciones con los países socialistas. La administración Reagan primero y la de Bush después hicieron suyas esta política.

Los efectos de las elecciones que se hicieron después de que volvieron a aflorar las contradicciones interimperialistas han permanecido a la vista de todos durante los últimos 15 años: la desaparición del campo socialista que tenía su centro en la Unión Soviética (desaparición que fue facilitada por la incapacidad de los grupos dirigentes de los países socialistas), el resurgimiento de la hegemonía capitalista —que actualmen-

te es indiscutible— y un fuerte repliegue de la clase obrera internacional y de los países “periféricos” (que incluye a los países del Tercer Mundo y a los que fueron socialistas).

Esta nueva e inesperada situación determinó en la década de los noventa un crecimiento cuantitativo del mercado, el control de las economías planificadas y la continuación de la revolución científico-técnica, lo que permitió arribar a una fase de recuperación económica general. Estos procesos permitieron márgenes económicos y financieros más amplios que impidieron la caída de las ganancias y propiciaron una fase de concertación internacional, esto es, de mediación entre las grandes potencias bajo el liderazgo de los Estados Unidos. La administración Clinton fue la forma más completa de esta política.

La nueva situación internacional no afectó las tendencias que habían surgido en la década de los setenta. En lo que respecta a la ideología, la homogeneidad de los puntos de vista es tal que ahora se habla de “un solo punto de vista mundial” y de un mundo unipolar bajo la hegemonía norteamericana. Pero los procesos reales fueron harto diferentes. La década pasada fue testigo de la materialización de una serie de factores que caracterizan ahora el escenario “multipolar”.

El primero y más relevante fue el nacimiento del euro. Este no es solo un medio de intercambio que se emplea en un mercado mayor que el de los Estados Unidos, sino también y, sobre todo, una divisa internacional de reserva que compite con el dólar y socava la situación financiera de este. Está también la transformación de China de fabricante de productos industriales en sujeto económico internacional capaz de amenazar la supremacía norteamericana. Este desarrollo es parte de un escenario económico en el Lejano Oriente que está afectado por el estancamiento de Japón. Este estancamiento no solo es producto de las políticas de ese país, sino también de la agresiva política económica de los Estados Unidos. De hecho, hacia finales de la década de los noventa, los Estados Unidos desencadenaron y dirigieron una serie de crisis financieras con la inapreciable ayuda del FMI. Entre estas crisis tuvo importancia la que puso de rodillas la economía japonesa. Hasta la década de los noventa Japón se consideraba una amenaza para los Estados Unidos.

Las contradicciones interimperialistas no solo se manifestaron en el campo económico, sino también en el militar. Las guerras constantes y las intervenciones militares del siglo xx (desde la primera intervención en Iraq hasta la agresión contra Yugoslavia) fueron calificadas de acciones humanitarias por la ONU, los países occidentales y la OTAN. En realidad esconden una feroz competencia por zonas de influencia ligadas a intereses económicos (el control de materias primas como el petróleo), por zonas estratégicamente importantes para el transporte y las conexiones geográficas o por zonas geopolíticas como los Balcanes y Europa Oriental que son decisivas para la construcción de una Europa fuerte.

Así pues, en los últimos treinta años, el panorama internacional sufrió modificaciones radicales que fueron resultado no tanto de conflictos militares y políticos que ciertamente ocurrieron y que también fueron importantes. Por el contrario, fueron el efecto de un hondo cambio que afectó profundamente a aquellos sujetos que lo provocaron. Los sujetos del imperialismo moderno proceden de estos desarrollos. No son solo los Estados-naciones, sino también los bloques económicos. Estos últimos son polos imperialistas que marchan hacia una integración cada vez más estricta mediante constantes reestructuraciones, cuyas formas políticas e institucionales no serán las mismas que en el pasado.

Este cambio posee sólidos fundamentos. El primero de todos es la integración internacional de la producción alrededor de los centros del desarrollo imperialista. La relocalización de las fases más avanzadas de la producción en el centro de los bloques económicos, la investigación científica y tecnológica, la concentración de la mercadotecnia principalmente en los mercados más desarrollados, la producción de mercancías de baja composición orgánica del capital en la periferia, donde los costos laborales son los más bajos y el desarrollo de sistemas de información que aceleran todo lo posible la circulación de mercancías son manifestaciones del impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas durante las últimas décadas, un desarrollo que el capital fue capaz de propiciar justo en el momento en que la crisis era más aguda.

Este desarrollo, sobre todo en sus momentos más dinámicos, no se caracteriza ya por la producción estandarizada de mercancías, como fue el caso hasta la década de los setenta del siglo xx, sino por las grandes redes de servicios como las telecomunicaciones, la energía, el transporte, la capacitación, es decir, la investigación científica, y las finanzas. Todo esto necesita el papel vital del Estado, a diferencia de la ideología neoliberal que proclama la eliminación del Estado por la mano reguladora del mercado. El desarrollo actual de las fuerzas productivas no origina un gobierno mundial indefinido e improbable. Por el contrario, las funciones estatales deben ajustarse tanto cuantitativa como cualitativamente, o sea, no pueden ser las mismas que ejercía en los siglos xix y xx. El surgimiento en todas las zonas del planeta de bloques económicos debe verse dentro de este marco.

La tendencia a la constitución de zonas monetarias se ve reforzada también por la creciente inestabilidad de los mercados financieros, que es empleada y fomentada por los Estados Unidos a través de las políticas criminales del FMI y el Banco Mundial con el fin de conservar el señoreo internacional del dólar. Por otro lado, con el euro no ha sido posible iniciar procesos especulativos que crearían problemas similares a los que sufrió Japón después de la crisis financiera de 1999. Esto también es válido para la moneda china. El gobierno de Pekín no intenta someter su moneda a la “dinámica del mercado” porque desea impedir que los Estados Unidos intenten realizar maniobras financieras con el

fin de crear problemas a la competitividad china. Además, la creación de zonas monetarias regionales fortalece los gigantescos procesos de concentración monopolista y de racionalización entre las compañías.

El desarrollo integrado de los aparatos productivos, la formación de zonas monetarias homogéneas, el manejo de los flujos migratorios dentro de los bloques económicos emergentes y los intereses geopolíticos determinados por las diferentes ubicaciones geográficas son los elementos que fomentan la formación de nuevos sujetos imperialistas, los protagonistas de la actual competencia global.

La creación de la Unión Europea, el NAFTA (sigla en inglés: North American Free Trade Agreement), los intentos de los Estados Unidos de imponer un acuerdo de libre comercio en el continente americano, el proyecto MERCOSUR y los propósitos de Japón en Asia son procesos todos relacionados con proyectos esencialmente comerciales y económicos. Pero, al mismo tiempo, estos procesos constituyen una primera respuesta al desarrollo de las fuerzas productivas y al fuerte incremento de la productividad social resultante, que obligan a las distintas fracciones del capital internacional a competir entre sí.

Por supuesto, estos procesos tienen una naturaleza compleja y no son automáticos, sino resultado de elecciones subjetivas. Son respuestas a una necesidad objetiva. Esta respuesta debe ubicarse dentro de un contexto histórico objetivo, como un aspecto de las posibilidades creadas en el interior de ese contexto. Sería erróneo dar por hechos resultados que en la actualidad solo se pueden vislumbrar. Lo que ahora contemplamos es un cambio global que afecta a aquellos asuntos, no solo económicos sino también institucionales, que cobran forma estimulados por las condiciones de operación específicas de los diferentes bloques.

La teoría del valor y el imperialismo

Nos encontramos ante una nueva fase del imperialismo que paradójicamente es igual y diferente a la del siglo XIX, basada en la supremacía de los Estados-naciones. Vale la pena repetir de nuevo que la fase actual del imperialismo no está relacionada exclusivamente con la beligerancia militar, sino fluye a partir de los desarrollos económicos, sociales, políticos e institucionales globales de la sociedad capitalista. Si tomamos esta observación como premisa podemos deducir la estrecha relación que existe entre la dinámica interna del sistema capitalista y los inevitables períodos de crisis que destruyen el capital excedente. La causa del actual drama humano y social la constituyen los acontecimientos militares y económicos que el nivel de “desarrollo” presente genera.

A fin de interpretar la recurrencia cíclica de las crisis interimperialistas debemos destacar la dinámica interna de este sistema social y partir del análisis de Marx, en particular, de su teoría del valor y de la subsi-

guiente teoría de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Uno de los aspectos débiles del movimiento revolucionario de las últimas décadas ha sido el abandono de una investigación teórica completa y la repetición de fórmulas aparentemente desgastadas.

Retornar a los altos niveles de la teoría de Marx, ubicarla dentro de la teoría del valor por el trabajo, el incremento histórico de la composición orgánica del capital, la tendencia decreciente de la cuota promedio de ganancia, la mayor competencia, primero, entre los sectores productivos y, después, entre los países imperialistas: son estos los elementos que constituyen una guía teórica que debe utilizarse para analizar la realidad actual, el cual nos permite entender concretamente una crisis cuyos aspectos estructurales y severidad ocultan las ideologías oficiales. Las crisis se reproducen a sí mismas sobre la base del DNA de la sociedad capitalista. Mientras existan condiciones para el crecimiento económico esta formación social genera un desarrollo general y su propia hegemonía. Pero, tan pronto emergen sus contradicciones fundamentales, la competencia intercapitalista no puede hacer otra cosa que no sea enfrentar a los principales países entre sí.

Los intereses de los países imperialistas comenzaron a divergir en la década de los setenta del siglo xx cuando, después de una dilatada fase de crecimiento económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo llegó a su fin. En ese punto comenzaron a sentirse los efectos de la caída de la cuota promedio de ganancia. En consecuencia, no solo la competencia económica —como señalamos antes—, sino también la competencia militar y política se hicieron más enconadas. Esto marca el comienzo de una fase de conflicto que genera, en la década de los ochenta, la primacía de las finanzas en la economía, la criminal explotación de los países dominados mediante las políticas de deuda externa y desarrollo desigual, y las políticas norteamericanas en favor del señoraje del dólar que tenían por objetivo mantener a los demás países imperialistas en una posición subordinada. En otras palabras, los problemas de valorización del capital doméstico se reprodujeron fuera de las economías nacionales. Esto originó una fuerte competencia global y, en última instancia, probabilidades mucho más concretas de guerras, como quedó demostrado por las guerras de la década de los noventa y, particularmente, por la agresión de los Estados Unidos contra Iraq en el 2003.

¿Llegó de nuevo a su fin la *Belle Epoque*?

Abordar el problema del imperialismo exige analizar los datos económicos, las tendencias generales y las relaciones entre las grandes potencias, así como —en los comienzos del siglo XXI— tratar de entender la dinámica histórica que engendró el capitalismo y su evolución. La capacidad de interrogar el pasado a fin de interpretar la dinámica más pro-

funda es un elemento decisivo que han de tener en cuenta los que se plantean la tarea de transformar la sociedad actual. La crisis del comunismo en el siglo XX no demostró que el capitalismo es eterno. Por el contrario, mostró que el proceso revolucionario es mucho más prolongado que lo que habíamos anhelado y creído a partir de las monumentales victorias de los movimientos obreros y antimperialistas de la década de los sesenta. Desde este punto de vista resulta evidente que la segunda mitad del siglo XX fue un período “bloqueado” en el que la amenaza mortífera del comunismo unificó el mundo capitalista bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano.

Esto fue posible gracias a los amplios márgenes de crecimiento que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial y a la indudable habilidad política estratégica de las clases dirigentes occidentales. Ellas fueron capaces de contener y obstruir la más directas expresiones de los “espíritus animales” del capitalismo y de las contradicciones fundamentales que dieron origen al período revolucionario anterior.

Podemos comparar la fase actual con las décadas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, un período de fuerte desarrollo capitalista. Son muchos los elementos comunes, pero podemos partir del prolongado período de crecimiento que comenzó en 1873 y llegó a su fin a mediados de la década de los noventa del siglo XIX y se conoció como la “gran depresión”. Este período puso en movimiento un proceso profundo de reorganización tecnológica, productiva, social y estatal que en lo sucesivo generaría la evolución de los Estados-naciones hasta adoptar las formas que conocemos hoy. Esa transformación originó una recuperación económica que duró hasta 1913 y que, aunque ciertamente produjo desarrollo, condujo a la Primera Guerra Mundial y a la matanza de toda una generación de europeos. Los apologistas de la globalización no deben olvidar que esta no es nueva en el capitalismo, toda vez que fue característica de muchas décadas y produjo, como en el caso del período antes mencionado, la eliminación de sectores económicos como el sector agrícola de esa época. Durante este período también tuvo lugar una larga fase de intenso desarrollo tecnológico, que incluso pudo haber sido más importante que el actual, así como de crecimiento del comercio internacional y del capital financiero. Este desarrollo sobrepasó las esferas productiva y económica, modificó los equilibrios estratégicos entre los Estados y desafió la primacía del Reino Unido en el siglo XIX en competencia con el emergente poder de los Estados Unidos y, en el viejo continente, con Alemania.

El surgimiento de la idea del imperialismo condujo a una transformación fundamental de la conciencia política europea. El primero en percibirlo fue el liberalismo. Resultaba difícil que el pensamiento liberal clásico —que propugnaba la mayor restricción posible de la intervención estatal y argumentaba que la mejor forma del orden económico

eran las leyes “naturales” del libre cambio— aceptara que el Estado, mediante una amplia política expansionista, tenía que desbrozar el camino de la economía hacia los territorios de ultramar. Pero el espíritu de ese período era más fuerte, por lo que aun los liberales no demoraron en descubrir sus inclinaciones imperialistas. En tiempos tan lejanos como la última década del siglo XIX surgió el imperialismo liberal bajo el liderazgo de Lord Rosebery. Los liberales rompieron sensacionalmente con la tradición de los Gladstones y no fueron menos que los conservadores en lo concerniente a su voluntad de anexar nuevos territorios al Imperio británico.

Este pasaje, tomado de *The Age of Imperialism* (1999) de W. J. Mommsen, muestra que el gran crecimiento de los países capitalistas en ese período era tanto cuantitativo como cualitativo. Esta transformación tomó la forma de cambios en la ideología dominante en lo relacionado con la confianza en el poder de la “mano invisible” del mercado en tanto que ley general, y en el papel del Estado en las aventuras imperialistas de esa época. Esto constituyó una ruptura con la visión que fue inherente al capitalismo, especialmente al capitalismo inglés, durante todo el siglo XIX.

También hoy se puede observar un cambio ideológico parecido, luego de un período de denuncias, tanto del comunismo como de las ideas de Keynes sobre la intervención pública en la economía. Después del ataque a las Torres Gemelas, los partidarios más convencidos del liberalismo y la desregulación reevaluaron rápidamente el papel económico del Estado y el gasto deficitario. En los Estados Unidos se tomaron algunas medidas que reflejaban este cambio: desde una reducción nunca vista de las tasas de interés hasta un incremento en los gastos militares, desde los subsidios directos a las compañías hasta una enorme reducción de impuestos, sobre todo para el capital.

La semejanza histórica entre los cambios ideológicos en los países imperialistas es muy revelador debido a que muestra los cambios reales en la estructura productiva y en los bloques de poder que son los protagonistas en el escenario mundial. Lo que se ha puesto de manifiesto hoy, al igual que en el siglo XIX, es que la economía capitalista solo puede crecer en lo fundamental a través de los gastos militares.

Cincuenta años de crecimiento capitalista constituyen un período muy prolongado. En él, las contradicciones internas surgen como una tendencia histórica, sin que importe cómo son demoradas, contenidas o restringidas. Cuando las ganancias disminuyen no existe otra vía que no sea la intervención estatal en forma de gastos militares. Esta es una contratendencia económica, un instrumento para resolver, en la actualidad de una manera indirecta, los conflictos interimperialistas. Es preciso subrayar que hoy día los gastos militares son un instrumento que solo tiene validez para los Estados Unidos. Es obvio que esto no se puede

emplear como un argumento para separar los malos Estados Unidos de los buenos Estados Unidos, pero es útil para precisar los rasgos de la fase actual.

Esta comparación histórica no se propone sugerir esquemas interpretativos en los que los resultados de una determinada fase son una conclusión precedente. Por el contrario, deseamos subrayar que las cuestiones fundamentales que surgen están estrictamente interrelacionadas con la naturaleza del imperialismo. Estas dinámicas ni se pueden eliminar de la realidad ni de la evaluación de las perspectivas de la lucha de clases y, de un modo más general, de toda la humanidad.

Sabemos cómo el capitalismo salió de la fase anterior: a través de treinta años de guerras y de una profunda crisis que solo llegó a su fin con la Segunda Guerra Mundial. Lo que no sabemos es cómo podrá salir de la fase actual. Las interpretaciones deterministas son inútiles para la acción práctica y resultan dañinas a quienes las realizan; pero lo seguro es que marchamos hacia un período en el que se exacerbarán las contradicciones y los conflictos. En consecuencia, la hegemonía capitalista de los últimos 15 años, determinada por el llamado *pensiero unico*, una visión del mundo sin alternativas, será seriamente cuestionada.

La crisis de la hegemonía

El empleo de la guerra como volante de la economía capitalista no es nuevo, ya que en otras ocasiones ha sido utilizada por los Estados Unidos, el poder hegemónico capitalista, que hasta la década de los noventa del siglo xx se consideraron la “locomotora” de la economía mundial. Desde la guerra de Corea, que hizo posible que Japón se recuperara de su crisis, hasta Viet Nam, la Guerra Fría y, por último, la Guerra de las Galaxias de Reagan, la actividad económica que los episodios bélicos de la segunda mitad del siglo xx inducían benefició de diferentes maneras a todo el mundo occidental.

La diferencia no consiste en que se recurra a los gastos de guerra. Por el contrario, hoy día el keynesianismo militar no funciona ya como volante general, ya que beneficia únicamente a los grupos de poder norteamericanos. Esto modifica las relaciones dentro del campo imperialista y produce, obviamente, agudos conflictos que, a su vez, son una condición del ulterior crecimiento de la economía de guerra. Pero todo esto es, sobre todo, un síntoma evidente de una crisis de hegemonía no solo en los Estados Unidos sino también en el conjunto del sistema, toda vez que muestra los límites de un desarrollo que dejó de ser progresivo.

El papel que desempeña y las grandes dimensiones de la producción de armamentos implica un cambio en la naturaleza de la burguesía internacional, que se convirtió, de clase dirigente capaz de ser una fuerza conductora, en clase dominante. Desaparece el espacio para la media-

ción y todo se subordina a la valorización del capital mediante el empleo siempre creciente de medios coercitivos, incluso al precio de valores universalmente apreciados como la paz.

Los signos de advertencia de esta crisis no solo están dados por la importancia de la economía de guerra, sino también por otros síntomas que conciernen al conjunto de la sociedad capitalista en la fase actual de la globalización.

El primero y principal es el uso de la ciencia con el fin de incrementar las ganancias. Es cada vez mayor la divergencia entre las posibilidades de la ciencia y su empleo capitalista, lo que engendra consecuencias que ni siquiera las clases dominantes pueden controlar: desde los desastres ecológicos, hasta la manipulación genética de los alimentos y el llamado mal de las vacas locas. Los resultados de este desarrollo torcido afectan la vida diaria de la población y transforman una contradicción potencial en un problema político insoluble que socava la credibilidad del sistema social actual. El riesgo de que la muy elogiada autorregulación del mercado aparezca como lo que es: un mito y un engaño se contrarresta degradando la ciencia en técnica. Este proceso se inicia ya en la enseñanza, mediante la privatización de la investigación científica y las universidades y la apelación al misticismo en sus variadas formas. En este sentido, el empleo de los medios masivos como espectáculo es de fundamental importancia y crea una superstición moderna cuyo fin es impedir que la gente tome conciencia de las posibilidades que ofrece un tipo de ciencia no sometida a las necesidades del capital.

Otro indicio de las dificultades que el capitalismo enfrenta cuando se presenta como el único modelo viable es la situación social en el mundo. La reorganización internacional de la producción deslocalizó y reubicó esta y transformó a grandes masas de campesinos en proletariado urbano y en clase obrera de los países no imperialistas; pero también hizo superfluas a masas de personas que el capital no puede emplear, ni siquiera como fuerza de trabajo.

Nos referimos a la destrucción humana y social en África subsahariana, donde la vida humana nada vale y lo que cuenta es el control de las materias primas y los alimentos. Nos referimos también a ese grupo de países situados entre el Estado de Israel y Asia Central, la Unión Soviética incluida, donde el control del petróleo es de vital importancia para las grandes potencias y cuyas poblaciones e incluso los Estados se convirtieron en un “costo inútil”.

Las guerras civiles en África, la destrucción sistemática de las funciones políticas y sociales de sus Estados provocada por el SIDA, la destructiva presencia militar de Israel en el Oriente Medio, las intervenciones militares en Iraq y Afganistán y la penetración imperialista en los Estados de Asia Central son hechos que muestran cómo los Estados y las poblaciones son eliminados materialmente, en la medida de lo posible, si dejan de ser útiles para la producción de mercancías, como mer-

cados de consumo, o para satisfacer necesidades geopolíticas que no pueden delegarse más en las clases gobernantes locales.

Ningún pietismo occidental ni ninguna misión humanitaria emprendida por alguna organización internacional o no gubernamental puede ocultar lo que en realidad es un genocidio planificado, mucho mayor que el cometido por el nazismo contra los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Resulta evidente que la tragedia humana que experimentamos y que nadie puede negar es un signo de la crisis de credibilidad de un sistema que dice representar el fin de la historia.

El keynesianismo militar, el asalto del capital al trabajo y los límites formales cada vez más estrechos que se imponen a la democracia representativa son algunos de los temas que nos conducen a la controvertida cuestión de si la democracia burguesa es compatible con el imperialismo. Esta cuestión debe investigarse minuciosamente a fin de comprender el nexo real con la crisis del liderazgo burgués en los países imperialistas.

Con este objetivo debemos partir de la divergencia que existe entre el Estado, es decir, la dimensión de la política formal, y la sociedad civil, donde se generan las diferencias sociales. El sufragio universal se considera acertadamente una conquista emancipadora de la población. Sin embargo, en la sociedad actual el derecho de los ciudadanos a votar está limitado por la separación entre la sociedad civil y el Estado, cuyas reglas de gobierno deben, por lo menos en teoría, crear las condiciones para la igualdad de todos los ciudadanos. En realidad, esta separación protege los derechos de propiedad y garantiza la imposición de los derechos del más fuerte: el capital. En la mayoría de los casos, la clase dominante es capaz de convertirse en clase dirigente que, directa o indirectamente, controla los instrumentos del poder político del Estado, un poder que habitualmente ejerce en beneficio de sus propios intereses individuales o colectivos. Si esto es posible en las condiciones de la “democracia” formal, es decir, el funcionamiento de las instituciones que aseguran la representación, la participación popular, la transparencia y la rendición de cuentas, muy bien. Si no lo es, si el dar preponderancia a los intereses de clase dicta un cambio en la forma del Estado y un abandono de los símbolos de la democracia burguesa, así sea. En términos generales es esta una condición “fisiológica” de la democracia burguesa que puede convertirse en un problema en los períodos de crisis social y económica. En este caso, las clases dominantes no vacilan en cambiar las “reglas” y reducir o eliminar los espacios de las formas políticas democráticas. La resultante “inestabilidad estructural” tiene que ver con el hecho de que, formalmente, la democracia debe representar a toda la población y, por lo tanto, también a las clases subordinadas, aunque en realidad no es más que un instrumento para ejercer el poder de clase. Por lo tanto, debemos ser cuidadosos para no confundir la “inestabilidad” con una contradicción fundamental. La democracia representativa no puede ser una contradicción porque la separación entre el Estado

y la sociedad civil impide que algunos intereses sociales participen en los asuntos públicos. Este impedimento es un elemento constitutivo del sistema social actual.

Para pasar del análisis teórico a la realidad concreta podemos dar muchos ejemplos que ilustran el hecho de que la democracia se mantiene en la medida en que resulta de utilidad óptima para la acumulación capitalista: Irán en la década de los cincuenta del siglo xx, Indonesia en 1965, el fascismo entre las dos guerras mundiales e innumerables dictaduras latinoamericanas apoyadas por los Estados Unidos. Disponemos también de ejemplos más recientes. En Europa es habitual hacer comparaciones entre los Estados Unidos y Europa y concluir que los primeros apoyan las políticas regresivas e imperiales, mientras que la última apoya las políticas democráticas y multilaterales. Esta mistificación se derrumba al considerar cómo se está realizando la construcción de Europa: el pueblo no posee ningún poder efectivo para tomar decisiones, mientras que los centros del poder político y económico son dirigidos directamente por aquellos que ejercen el verdadero poder financiero y económico en el continente. En realidad, la construcción de una Europa unida transcurre en un contexto de conflictos y contradicciones que se manifiestan en la elaboración de la Constitución Europea o en la formación del llamado núcleo duro, del que forman parte Francia, Alemania y el Benelux. En todo esto lo único cierto es que el parlamento europeo posee un poder ridículamente pequeño, que los parlamentos nacionales perdieron muchas de sus prerrogativas y que no existe una coordinación europea entre los movimientos sindicales y sociales europeos que sea capaz de influir en este proceso e impedir sus más peligrosos efectos.

A pesar de todo, la crisis de la democracia burguesa adquiere importancia porque las restricciones que surgen en ciertas coyunturas históricas son en realidad el límite de la hegemonía imperial. Es esto lo que se debe destacar si queremos explicar la crisis de perspectivas propia de nuestro modelo social y sus oligarquías.

En resumen, son muchos los elementos mediante los cuales podemos contemplar la crisis de credibilidad que parecía haber desaparecido con el colapso del campo socialista. No ocurrió así y ahora vuelve a emerger y está engendrando un movimiento internacional que, aunque carece de una forma definitiva y una estrategia efectiva, proclama vigorosamente que “otro mundo es posible”.

Una cuestión de subjetividad

La nueva aparición de las contradicciones interimperialistas genera procesos constantes de producción y reorganización social que afectan los bloques económicos emergentes como una contradicción de clases. Se

trata de un conflicto entre los poderes financieros y el bloque dominante, por un lado, y las clases subordinadas —y no solo el proletariado—, de otro. De hecho, la competencia global ejerce una presión constante sobre los capitalistas y los obliga a extraer más plusvalía de los trabajadores en forma de tiempo de trabajo no pagado, así como del conjunto de la sociedad.

Debido al conflicto de clases promovido “desde arriba” se ha producido una desorientación política general que, por un lado, condujo a un repliegue de los sectores sociales hacia su propia condición material sin conciencia de clase y, por otro, dio origen a posiciones que niegan la importancia del conflicto capital-trabajo.

Las manifestaciones sociales de los problemas ecológicos y de las contradicciones entre los sexos y entre ricos y pobres desempeñaron un papel rector en la lucha política, sobre todo en los países imperialistas, e influyeron considerablemente en lo político y lo social, así como en vastos sectores de militantes, intelectuales y organizaciones políticas de izquierda. No negamos la importancia de estas contradicciones. Todo lo contrario, pues son muy importantes en la lucha antimperialista y lo que se requiere es combinarlas y unir las. Sin embargo, estas tendencias que afloran en la nueva situación mundial están devolviendo su papel central y su capacidad de difusión a la contradicción de clases.

La reorganización de la producción en el centro, la deslocalización y reubicación de la producción de mercancías cerca de las fuentes de trabajo barato, la creciente flexibilidad forzada del trabajo tanto en los países subordinados como imperialistas, la reducción sistemática de la parte del trabajo (salarios directos e indirectos) en el ingreso nacional (como una proporción del PIB), la reducción y la caída generalizada del poder de compra de los salarios y, por ende, del consumo son los “desarrollos” principales que muestran que los que participan en la lucha de clases contra el trabajo no necesitan de la ideología y van directamente al corazón de la cuestión. El objetivo es restaurar un orden económico que no es nuevo y retornar a una antigua condición. Es obvio que este “retorno” está revestido de nuevas formas sociales y productivas que guardan relación con un nivel más avanzado de las fuerzas productivas y con una organización industrial diferente.

El carácter central de la contradicción capital-trabajo emerge nuevamente, junto con el crecimiento de otras contradicciones generales. Potencialmente, no se trata de un conflicto por la distribución de la riqueza, aunque puede cuestionar también el fin mismo de la producción social.

La experiencia histórica de los movimientos obrero y revolucionario del siglo xx nos enseña que la reparación de las contradicciones principales tiene una función muy precisa. En realidad, la contradicción capital-trabajo surge como una condición objetiva de la posible superación del sistema capitalista. Pero esto no conduce automáticamente a una transformación revolucionaria. En este sentido la interpretación deter-

minista del desarrollo capitalista, comúnmente aceptada en las últimas décadas del siglo XIX y que persistió en el XX, era errónea. Según esta interpretación equivocada, la transformación social era tanto inmanente como inevitable, el resultado de un sistema llevado hasta y más allá de sus límites. Este punto de vista determinista subestima el papel de la subjetividad política en el proceso de transformación (desde el capitalismo hasta el socialismo y de aquí al comunismo). La subjetividad es un factor esencial en el proceso de cambio de sistema. Es el único factor que puede engendrar cambios revolucionarios si satisface las necesidades teóricas y políticas.

La caída de la Unión Soviética mostró que la construcción del socialismo es reversible. Esto nos debe incitar a investigar con mayor profundidad la relación que existe entre la objetividad y las iniciativas de los partidos y de las organizaciones socialistas y obreras. Estas últimas son ahora conscientes de que la consideración de los datos económicos es insuficiente para explicar la capacidad del sistema dominante para recuperarse de la crisis del movimiento revolucionario y socialista.

En un momento en que se manifiestan de nuevo los límites históricos de la hegemonía imperialista no debemos limitarnos a enfrentar las nuevas condiciones que aparecen, sino que debemos abrir un debate e iniciar un trabajo colectivo que nos permita hacer frente a esta nueva fase de la lucha de clases. Para estos fines no basta con superar errores pasados, pues también debemos mantenernos enraizados firmemente en la historia y las tradiciones de la revoluciones del siglo XX.

Los comentarios del último párrafo se refieren a cuestiones que, si se quieren examinar seriamente, exigirían mucho más espacio y un nivel de análisis muy diferente. El propósito único de esos comentarios es aclarar que el análisis de los rasgos concretos del imperialismo es insuficiente para crear nuevamente una alternativa social radical.

La relación capital-trabajo en el análisis marxista

Como conclusión abordaremos y discutiremos algunos conceptos clave del análisis marxista. Pero, antes de hacerlo, pedimos disculpas a los especialistas que preferirían una forma de análisis más “compleja” o matizada. Nuestra exposición será necesariamente sintética y, por lo tanto, simplificada. Pero lo importante es comprender la relevancia, la coherencia interna del pensamiento de Marx en estas cuestiones y su permanente capacidad de explicar la dinámica fundamental del desarrollo capitalista, incluso cuando se despliega en un contexto histórico muy diferente. No necesitamos hacer apologías, pues el marxismo sigue siendo el sistema rector de pensamiento en lo relacionado con la dinámica del desarrollo capitalista y la sustitución del capitalismo por otro sistema.

La “economía política” clásica, a la vez que consideraba que la fuerza de trabajo era la fuente del valor y situaba el trabajo humano en la base del progreso de la humanidad, sostenía que el sistema capitalista sustentado en la propiedad privada sobre los medios de producción y en el trabajo asalariado era el único sistema económico racional y, por lo tanto, natural.

La investigación y la teoría de Marx tienen como punto de partida estos presupuestos teóricos e ideológicos. La primera y fundamental mistificación de la economía política es, según Marx, considerar un cierto tipo de economía, una forma social *específica* de la reproducción humana simplemente como “la economía” y “la sociedad”. La economía política no considera el capitalismo como una realización de la historia que, como tal, tuvo un comienzo y tendrá necesariamente un fin.

A fin de subrayar esta contradicción, Marx emplea en sus *Manuscritos económicos y filosóficos* el mismo análisis implacable que la propia economía política utilizó para criticar la sociedad industrial.

Los teóricos de la “economía política” sostienen que el valor de una mercancía está dado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla y es proporcional a este. Al mismo tiempo muestran que el salario del obrero constituye solo una parte del valor añadido por el trabajo a la producción. En efecto, el salario representa un costo para el capital que se basa en el valor de la fuerza de trabajo en tanto que mercancía. En esta forma el salario representa lo que le cuesta al capital asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, la subsistencia de los obreros y sus familias. La diferencia entre el valor producido por el trabajo y el valor reflejado en el salario es la plusvalía, la fuente de la ganancia, cuya búsqueda hace avanzar el sistema.

Partiendo de esta teoría del valor, Marx revela por primera vez en la historia de la economía y de una manera rigurosamente científica el secreto oculto del desarrollo capitalista, la esencia de la relación entre el capital y el trabajo: el mecanismo de la explotación capitalista a partir del análisis de la plusvalía como trabajo no pagado.

Pero Marx no se detuvo aquí y mostró que la apropiación capitalista del trabajo no pagado no viola las “leyes” internas del capitalismo, esto es, las tendencias que se derivan del modo de organización del sistema. Esto es aún más cierto en la situación actual en la que los elementos propios del modelo fordista en la periferia coexisten con el llamado modelo posfordista característico de los países capitalistas desarrollados e incluso con los sistemas que se encuentran en la periferia (la periferia también incluye algunas zonas marginales del centro). Hoy día los diferentes aspectos del mismo modo capitalista de producción coexisten en el mismo sistema; este sistema se sigue basando en la extracción de valor y plusvalía, y en una clase de obreros sujetos a la explotación y al dominio capitalista. *En este sentido es que todavía podemos hablar del proletariado como una clase y del movimiento de los obreros.*

La noción clásica del trabajo entra en crisis debido al capital como información, que es el fundamento del capitalismo posfordista. De hecho, la creación de valor ya no se basa exclusivamente en el tipo de explotación típica de la fábrica fordista. Pero la plusvalía, aunque proviene de la actividad de la *fábrica generalizada, social, se sigue creando mediante la apropiación del trabajo (excedente)*. La economía de la información controla y desarrolla las capacidades de la acumulación flexible y de esa forma somete las subjetividades sociales al poder de las tecnologías de la información y la comunicación, que en nuestros días domina no solo el tiempo de trabajo directo, sino también el trabajo de la vida social en su conjunto. *Con más razón se puede sostener que, en la fase actual de la competencia global, la contradicción entre el capital y el trabajo se hace más aguda. Pero con ella crece también el potencial de una transformación social.*

Si esto es así, la sociedad capitalista en modo alguno es un mundo de relaciones armoniosas. Todo lo contrario, es el lugar de un conflicto general, económico, social, comercial y financiero y de lucha entre las clases. Esto es más evidente hoy en el marco de una competencia global entre las potencias imperialistas unas veces desenfrenada y otras controlada.

Los economistas políticos clásicos en ocasiones entendían estos conflictos pero no consiguieron captar el hecho de que el conflicto y la lucha de clases es la esencia misma del sistema capitalista; la causa central, real de todos estos conflictos que enfrentan a los grupos sociales de la sociedad civil entre sí es el conflicto fundamental entre el capital y el trabajo.

En realidad, el proceso de acumulación de capital hoy día, independientemente de la coyuntura y las circunstancias específicas de las diversas condiciones, incluidos la competencia global y el conflicto entre los polos geoeconómicos, se sigue sustentando como siempre en la explotación del trabajo asalariado. Es precisamente en la articulación de estas dinámicas socioeconómicas, en la posibilidad de organizar la sociedad sobre bases diferentes donde las contradicciones de clase devienen dominantes.

Así pues, ha tenido lugar un proceso de redistribución de los territorios internacionales. Esto puede explicarse no solo mediante los fenómenos de transformación productiva —la reorganización industrial y la conversión tecnológica—, sino también a través del cambiante modo de aparición del modelo de desarrollo capitalista.

En estas condiciones deviene dominante una lógica económico-productiva diferente: la de una nueva acumulación generalizada, cada vez más diversificada en cuanto a los modelos de producción y de organización del trabajo si la comparamos con los procesos productivos anteriores. Sin embargo, esta lógica coexiste no solo con los modelos industriales que aún se basan en el trabajo asalariado y dependiente, sino también con una explotación cada vez más desenfrenada y con una progresiva extracción masiva de plusvalía absoluta y relativa.

Es precisamente esta y solo esta contradicción la que, de acuerdo con la dialéctica hegeliana, empuja el sistema hacia su trascendencia/transformación, lo que crea las condiciones objetivas (incapacidad de expandir las fuerzas productivas) y las condiciones subjetivas (un proletariado con conciencia de clase) de su colapso/derrocamiento.

Debido a que el capital crece y acumula solo a condición de que cree nuevo trabajo asalariado, es *dentro de la subjetividad política del movimiento de los trabajadores (sean empleados o desempleados, ambos provienen del conflicto —y crecen en medio de él— entre el capital y el trabajo) que la conciencia de clase (la necesidad de superar el capitalismo) puede alcanzarse.*

Todo esto debe estar claro y los marxistas parecen estar de acuerdo en estas cuestiones. Por cierto, parecería que cualquiera que haya estudiado esta cuestión está de acuerdo con estos elementos. ¡Pero este no es el caso! Grande es la confusión bajo el cielo del análisis del posfordismo. Y la situación es peor si tenemos en cuenta a los marxistas que sucumbieron a los imaginarios políticos de los analistas post-estructurales que argumentan que la gente, incluidos los obreros, ya no están sometidos a la explotación o a cualesquiera otras condiciones objetivas del desarrollo capitalista. Desde esta perspectiva post-estructuralista o posmodernista de la sociedad, no existen fuerzas estructurales que obran sobre la gente en condiciones objetivas de las que solo pueden escapar mediante la acción colectiva o clasista.

Desde que se publicó el tomo III de *El Capital*, se detectaron algunas contradicciones en el pensamiento de Marx. Los críticos problematizaron su concepto del valor, cuestionaron la naturaleza científica de la teoría marxista de la explotación y plantearon interrogantes sobre el carácter circular de sus argumentos en relación con la transformación de los valores en precios.¹

La importancia de este asunto está dada por el hecho de que es precisamente en este punto (la teoría del valor y el llamado “problema de la transformación”), así como en el análisis de las diversas y cambiantes formas del trabajo asalariado —en pocas palabras, el enfoque científico de la teoría de la explotación— donde podemos establecer la posibilidad, por no decir la inevitabilidad, de que el capitalismo está destinado a ser derribado por sus propios sepultureros en las condiciones objetivas y subjetivas de la transformación social.

¹ De hecho, estos son los mismos argumentos que escuché en el día de estudios internacionales que organizó el *Laboratorio per la Critica Sociale* el 21 de mayo del 2002, en la Universidad La Sapienza de Roma, con motivo de la presentación del libro *An Old Myth: The Transformation of Values into Prices in Marx's Capital* (editado por este autor y con artículos de Carchedi, Freeman, Kliman, Giussani y Ramos, y publicado por Ed. Mediaprint).

2. EL TRABAJO Y EL BLOQUE SOCIAL ANTAGÓNICO

Introducción

La formación de bloques económicos continentales, la transformación del papel económico de nuestro país y la modificación del papel del Estado son los elementos que han sido condicionados y, al mismo tiempo, han condicionado las luchas de los obreros, las condiciones de trabajo y la calidad de este. El fordismo, el posfordismo y la acumulación flexible son algunos de los términos empleados para dar sentido a la fase actual del desarrollo económico y para definir tanto sus características como su cualidad.

La realidad es más compleja y no cabe con exactitud en las categorías que usualmente se emplean y que son en parte inadecuadas y en parte “ideológicas”, insuficientes para describir las transformaciones. Esto se debe al hecho de que la transformación global (tanto de la producción como de la composición de clases) no ha terminado, aún no es completa y, por lo tanto, no ha encontrado sus “formas” históricas y estables que hacen posible analizar la situación y extraer de ella todas las consecuencias culturales, políticas y sociales. En realidad, nos encontramos ante una situación que no puede definirse clara y fácilmente. Por lo tanto, en el trabajo que estamos realizando sobre las modificaciones de la composición de clases existe un elemento implícito de “riesgo” con el que, no obstante, debemos ajustar cuentas. No se trata solo de describir un fenómeno, por ejemplo, señalar que la magnitud del trabajo de los autoempleados crece al tiempo que disminuye el trabajo de los que cuentan con un empleo. O señalar que en los países capitalistas avanzados el número de trabajadores intelectuales crece y disminuye el de los trabajadores fabriles. En este campo existe ya una vasta literatura que de algún modo “expuso” los rasgos de esta transformación. Es obvio que no tendremos en cuenta los trabajos de esta literatura cuya naturaleza ideológica y apologética es hartamente evidente y cuyo único propósito es instaurar y reforzar la hegemonía del capitalismo “globalizado”.

Por supuesto, las formas son muy importantes. No obstante, ellas están ligadas al contenido, a la dinámica, que son, como se ha teorizado,

“determinantes en última instancia”. En esencia, debemos asumir la responsabilidad por plantear una hipótesis que se propone describir transformaciones concretas en el mundo del trabajo a sabiendas de que será inevitablemente parcial y en parte refutable. Por lo tanto, debemos concentrar nuestro análisis en la relación entre formas y tendencias y tratar de entender en que dirección se mueven estas.

Es obvio que esta elección nos obliga a comenzar nuestro análisis no sólo “desde abajo”, sino también “desde arriba”, es decir, a partir de nuestra concepción de la realidad general de hoy día.

Una premisa económica

Un análisis de las condiciones de la fuerza de trabajo debe estar relacionado con la transformación de las características del imperialismo durante la última parte del siglo XX. Para Lenin el rasgo principal del imperialismo era la exportación de capital. Debido a la lógica inherente al capitalismo, el capital —con el fin de impedir la caída de la tasa de ganancia como consecuencia de la superproducción de capitales— se invertía allí donde las ganancias eran más elevadas, es decir, en los países menos desarrollados.

Esta tendencia dominó durante todo un siglo y encontró su más alto desarrollo después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en los Estados Unidos. Las corporaciones multinacionales expandieron esta posibilidad al máximo y de ese modo originaron una nueva situación internacional. Las inversiones extranjeras no solo se dirigieron a los sectores de materias primas, como ocurrió en el período colonial, sino también a la producción industrial así como al sector de los servicios, como bancos y hoteles.

Su objetivo era penetrar y crear así nuevos mercados y posibilidades de desarrollo. Esta política implicaba distintos modos de participación de los Estados-naciones, tanto en las negociaciones entre los Estados económicamente desarrollados como mediante políticas agresivas o intervenciones directas en los países del viejo Tercer Mundo. Todos estos elementos relacionaban el mundo del trabajo con la dimensión nacional de la producción y, por ello, tomaron sus formas a partir de los rasgos del Estado-nación.

Pero los rasgos de las relaciones económicas internacionales cambian con la llegada de la globalización de la economía de mercado y con la constitución de los bloques económicos, tal como lo describimos. El mercado es cada vez menos nacional y coincide con el mercado de los países imperialistas. Esto ocasiona una gigantesca redistribución de la riqueza que, sin embargo, no implica su crecimiento, como lo demuestra la crisis actual.

Además de estos cambios en el mercado, cambia la producción, que alcanza también una dimensión internacional. Las inversiones extranje-

ras no disminuyen; por el contrario, aumentan. Sin embargo, cambia su dirección. De hecho, dejan de orientarse hacia la producción para los mercados nacionales y se dirigen a la producción para las exportaciones.

El escenario que surge de todo esto es completamente nuevo. En realidad la producción material tiene lugar en los países subdesarrollados y dominados, mientras que la planificación, el diseño y la mercadotecnia se realizan en los países imperialistas. La reestructuración resultante tuvo importantes consecuencias sociales y económicas y modificó radicalmente la estructura de la producción.

La producción no se realiza ya en grandes fábricas, sino en una *filière* internacional que gira alrededor de la revolución científico-técnica y las posibilidades de materializarla. El proceso de valorización que tiene lugar en la cadena de producción beneficia al centro imperialista en detrimento del conjunto de la clase obrera, en particular, la de la periferia.

Es obvio que este análisis es muy esquemático y genérico. Sin embargo, es útil para detectar aquellas tendencias que en el futuro caracterizarán progresivamente la composición del mundo del trabajo, tanto del empleado como del autoempleado.

¿Una nueva hipótesis para un mundo nuevo?

Incluso un análisis superficial revela claramente los elementos de discontinuidad en el mundo del trabajo, particularmente en estos últimos 20 años, no solo en Europa, sino en todo el planeta, toda vez que en lo económico el capitalismo es el único modo de producción que lo abarca todo.

Las causas de esta modificación son numerosas. La primera, y más obvia, es la desaparición de las economías planificadas, o sea, la notoria caída del muro de Berlín. Esto permitió que el capitalismo se extendiera y lo convirtiera en absolutamente hegemónico. El fin del conflicto entre el Este y el Oeste ocasionó un cambio sustancial en los países capitalistas avanzados (pero, es obvio, no solo en estos países), lo que a su vez modificó las condiciones generales de la lucha de clases y, por tanto, las relaciones de poder en la sociedad.

Otro elemento que modificó profundamente el cuadro fue el surgimiento *de facto*, mediante el euro, de la Unión Europea, que aparece en la escena mundial como protagonista. Podríamos seguir enumerando causas y efectos, pero lo fundamental ahora es señalar la causa principal de los acontecimientos antes descritos.

Esta causa fundamental es la revolución científico-técnica que tuvo lugar en el último cuarto del siglo XX y su aplicación a la economía capitalista. La necesidad de esta revolución fue causada por la agudización de la lucha de clases y el conflicto internacional de la década de los setenta. Esta revolución modificó radicalmente el modelo de producción que había surgido después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

Ya abordamos las consecuencias generales, por lo menos en lo concerniente a la escena política internacional. Ahora deseamos subrayar los efectos en el mundo del trabajo. La aplicación de la ciencia de la computación, de la robótica y directamente de la ciencia a la producción está causando cambios, tanto cualitativos como cuantitativos en el trabajo. En lo que respecta a la calidad, lo que se ha modificado es el contenido del trabajo. En los principales países capitalistas creció el trabajo inmaterial, es decir, el trabajo del conocimiento en todas sus variadas formas, desde los menos calificados (por ejemplo, los centros de llamadas) hasta el de los investigadores y profesionales. El sector terciario, es decir, los servicios de todo tipo, crece en detrimento de la producción de mercancías. Esta última asume un papel más periférico dentro del sistema internacional de producción.

Los cambios en el sistema de producción internacional modifican la composición social de zonas geográficas enteras, tanto en el centro como en la periferia, y cambian entonces las condiciones culturales y políticas de los países implicados. Basta decir que la relocalización de la producción en masa de mercancías y del desarrollo de las biotecnologías transformó el sistema de producción de vastas zonas del planeta.

Resolver estos problemas implica comprender lo que realmente es el capitalismo actual. Esta dimensión y este tipo de desarrollo aparecen hoy por primera vez en la historia de la humanidad. Por lo tanto, no ver lo nuevo de la situación actual significa condenarse a la impotencia. Pero, ¿es suficiente admitir esto para comprender en profundidad la transformación actual? ¿Acaso la identificación de los nuevos rasgos de la situación basta para comprender los fines últimos de esta transformación, o sea, para entender dónde se detendrá el proceso general de cambio, tanto el que tuvo como el que tiene lugar?

¡Nuestra respuesta es no! En realidad, aunque el capitalismo de hoy adopta nuevas formas, el modo de producción capitalista no ha cambiado. Dicho de otro modo, las relaciones de explotación en este modo de producción no han cambiado. Este modo de producción, pese a todas sus viejas contradicciones, sigue determinando un desarrollo general cuyos efectos sufren los obreros y los pueblos que están sometidos a intereses ajenos y antagónicos. Esta firme creencia no proviene de la nostalgia ni se da por sentada. Por el contrario, es resultado de una visión del desarrollo de la producción y, por lo tanto, del cambio social que, aunque discutible, goza de una coherencia interna propia que la hace creíble y aceptable.

El salto productivo y social del fordismo al llamado “posfordismo” no es un elemento nuevo del capitalismo; sin duda posee nuevos rasgos específicos, pero es también un fenómeno que se ha manifestado muchas veces en los últimos doscientos años y que siempre ha estado relacionado con el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la organización del trabajo. El surgimiento de la manufactura, que concentraba a los

artesanos en un mismo lugar de trabajo, el nacimiento de la gran empresa, que transformó a los artesanos en obreros profesionales, el dominio de la producción en masa fordista, que va acompañada del Estado de Bienestar keynesiano y conduce a la transformación del obrero profesional en obrero de masas (que se convirtió en protagonista de las luchas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial) son algunas de las etapas que precedieron el cambio actual.

Por consiguiente, la transformación actual no es un elemento de una discontinuidad total. Por el contrario, constituye un desarrollo ulterior de la sociedad capitalista que progresa sobre la base de sus propias contradicciones internas hasta alcanzar su propio horizonte, es decir, las fronteras que estas contradicciones establecen. De esto se desprende que los saltos cualitativos del modo de producción capitalista tengan que interpretarse y entenderse no solo teóricamente, sino también, y posiblemente ante todo, en relación con las consecuencias que tienen para los trabajadores, a fin de encontrar el vínculo entre las transformaciones pasadas y las presentes.

Si únicamente enfocamos cómo es afectada concretamente la composición de clases, tendremos que considerar no solo los efectos técnicos, sino también aquellos que afectan la vida de los trabajadores y el trabajo en el presente período histórico.

Al abordar las diferentes “revoluciones” científico-técnicas debemos considerar también las consecuencias culturales que afectaron a los obreros implicados: desde los artesanos, que sufrieron el infortunio de ser dirigidos por jefes que carecían de cultura, hasta los obreros profesionales “celosos” de sus habilidades y el obrero de masas que, a pesar del pobrísimo contenido de su trabajo profesional, necesita una base cultural más avanzada. Esto muestra las diferencias culturales entre los variados tipos de obreros, pero también nos permite comprender la evolución del sistema educativo y, de un modo más general, de la sociedad. Estas modificaciones tan profundas pusieron fin a siglos de un estancamiento que afectó a decenas de millones de personas y se manifestó también en el plano político y en el mundo de la cultura en un nivel más alto. La aparición de los partidos políticos, tanto los directamente relacionados con los movimientos obreros como otros partidos, y de los sistemas institucionales significaron un innegable, aunque contradictorio, paso de avance de la civilización.

Podríamos continuar y ofrecer otros muchos ejemplos y análisis, pero estas consideraciones concisas y ciertamente limitadas deben ser suficientes. En este punto surgen algunas cuestiones: si el análisis de las fases de la producción y, por tanto, del desarrollo social y de su discontinuidad es correcto, ¿cuán importante es el “salto” actual? ¿Se trata de un desarrollo totalmente nuevo o de un cambio importante que, no obstante, ocurre en el interior del sistema capitalista de hoy? Y, desde un punto de vista histórico, ¿es la actual discontinuidad más importante y

significativa que la que tuvo lugar con el paso de la manufactura a la gran fábrica, con su motor de vapor y su obrero profesional? También aquí nuestra respuesta es clara, aunque discutible. En realidad, sería un riesgo peligroso leer los desarrollos de hoy día como si fueran excepcionales; una distorsión óptica que debemos rechazar. El rechazo es una condición de la comprensión de los acontecimientos que se desenvuelven (y nos afectan) desde un punto de vista real y, por lo tanto, mensurable y no “religioso”, o sea, que tiene como fin descubrir concretamente la dirección por la que marchan las transformaciones actuales.

Esto es necesario a fin de orientar nuestra acción política y social. Debemos evitar dos errores que se siguen cometiendo: el primero es el de la concepción que sostiene que nada ha cambiado y que los nuevos aspectos son únicamente externos; el otro es el del eclecticismo que, por enfocar solo lo nuevo, es incapaz de ver los aspectos fundamentales de la transformación social, por lo que se limita a definir escenarios —y en no pocos casos a enamorarse de ellos— que son sumamente transitorios e inestables.

Del fordismo al posfordismo

La exposición de la hipótesis que propusimos necesitó varias páginas, pero nos permitió señalar los méritos de la transición actual, observar sus tendencias y formas en una dimensión más objetiva y analizar con mayor precisión las modificaciones que sufrió la composición de clases en el mundo del trabajo, tanto en el nivel cuantitativo y profesional como en el cuantitativo y general.

Ahora debemos esbozar algunas características de la llamada fase posfordista, conocida también como fase de la acumulación flexible; comenzaremos por las causas del salto cualitativo de la producción fordista y de la gran fábrica. Es obvio que estas causas tienen relación con el muy agudo conflicto de clases de la segunda mitad del siglo xx y con los mecanismos de la competencia dentro del sistema capitalista. En este tema nos gustaría citar algunas observaciones que hiciera Marco Revelli, profesor de la Universidad de Turín, en un congreso patrocinado por CNEL que tuvo lugar en Brescia durante los días 9 y 10 de febrero de 1999. Estas observaciones captan las causas fundamentales de la reestructuración del sistema fordista.

A la luz de esta nueva conceptualización consideramos que el posfordismo no es más que la forma que adoptó el fordismo una vez que agotó su capacidad propulsora. Es la forma que tomó el sistema productivo cuando tuvo que ajustarse a sus propios límites, es decir, a un sistema productivo limitado por una débil demanda. De cierta manera, el posfordismo es la forma que adopta el fordismo después del fin del

crecimiento; es el fordismo del posdesarrollo, de una época en la que se esfuman las expectativas de un desarrollo intenso, sostenido e ilimitado. A fin de cuentas, todos los rasgos técnicos del posfordismo —desde los más obvios y conocidos (como el justo a tiempo y la producción con menos recursos) hasta los más complejos (como la fábrica integrada y la fábrica modular, que constituye un ejemplo extremo del ahorro de capital mediante el recurso de que lo pague el subcontratista), medidas todas destinadas a incrementar la productividad y reducir los costos— intentan satisfacer la misma necesidad: reducir los costos en una época en la que el crecimiento es lento y hay que tomar las cosas como se presentan y movilizarse a fin de enfrentar un mercado que no se puede planificar, que es impredecible, transitorio e incierto.

Repetimos, el posfordismo es la forma que adopta el desarrollo industrial en la época del posdesarrollo. Se puede añadir que es la forma nueva de un viejo conflicto social como la competencia territorial, en una época en la que ningún territorio puede ser el mercado principal, protegido para la producción de alguien, cuando cada territorio debe ser un terreno, tanto para las importaciones como para las exportaciones, cuando —repetimos— dejan de ser idénticos el espacio territorial y el espacio productivo (una identidad que caracterizó la época de oro del fordismo).

Las consecuencias de todo esto fueron tanto positivas como negativas. Sin embargo, la principal parece ser el carácter fundamentalmente destructivo de este modo de producción, una especie de sistema de canibalismo, en el cual el sistema productivo, para desarrollarse y crecer, se ve forzado a consumir la sociedad, a consumir los nexos y la cohesión social, a crecer debilitándose, a externalizarse, fragmentarse, descomponerse y a disponerse a trabajar el territorio. Pero disponerse a trabajar el territorio implica valorizar los recursos colectivos que hasta ese momento se consideraban res nulas (lenguajes, relaciones, sentimientos, redes de confianza), reducirlos a la dimensión de factores de producción en lugar de considerarlos elementos de la naturaleza como el agua o el aire que respiramos. En este contexto se desvanece otro elemento del fordismo, algo que este escritor personalmente no echa de menos, pero que es indiscutible: su capacidad de autoagregación, de autoconherencia.

Dentro del modelo fordista la agregación social estaba “dada” (automáticamente creada por el sistema fabril) aunque era una agregación mecánica, coercitiva, forzada y, en ocasiones, despótica (piénsese en la comunidad fabril derivada del fordismo). Era, repetimos, una comunidad terriblemente despótica, pero dentro de la cohesión fordista de cierto modo era un producto automático del sistema. Por el contrario, en el modelo posfordista la cohesión social dejó de ser algo dado. La sociedad de nuestros días está dominada por el riesgo, por una absoluta

falta de seguridad, por lo impredecible. A largo plazo los vínculos sociales solo se pueden mantener con dificultad, y siempre existirá el riesgo de que se rompan.

En esta sociedad el desarrollo industrial no puede seguir garantizando la reconstrucción de los vínculos sociales; estos vínculos, o se reconstruyen artificialmente de alguna manera o están ausentes.¹

En resumen, la revolución científico-técnica desarrolla una tendencia que siempre ha estado presente pero que ahora se sigue fortaleciendo: la socialización de la producción, el desarrollo de la productividad hasta límites extremos, la negación de las capacidades intelectuales y humanas dentro del horizonte de la máxima ganancia. Estas pocas observaciones de Revelli constituyen una descripción muy acertada de cómo el salto paradigmático del posfordismo en realidad está estrictamente relacionado con el fordismo. El primero, como veremos más adelante, conserva algunos rasgos del último y se apoya en él como modelo ulterior de producción. Esta interpretación se ajusta al marco propuesto antes en lo que respecta a la evolución del trabajo desde el artesano hasta el profesional, desde el obrero de la línea de ensamblaje de la producción hasta el obrero moderno más calificado. Muestra cómo estos avances, en lugar de ser una novedad absoluta que no se podía prever, de hecho se encontraban potencialmente presentes en la dimensión fordista de la producción.

Algunos rasgos específicos de esta época surgen de la socialización de la producción. El primero es el de “concentración financiera/descentralización de la producción”. La formación de los bloques económico puso en movimiento un proceso de concentración financiera que condujo al control de la producción global por unas pocas empresas y no satisfizo algunas necesidades de los Estados-naciones, como ocurre en el proceso de constitución de la Unión Europea. La gran concentración de la propiedad va aparejada de una gran descentralización de la producción, que a su vez afecta a las unidades de producción y a los trabajadores, tanto a los empleados como a los autoindependientes y a los pseudoempleados. Estos trabajadores son incorporados a un proceso cuya base material hace responsables de la producción a los individuos, lo que tiene consecuencias ideológicas importantes para el funcionamiento del sistema. Esto desarrolla ideológicamente una cultura empresarial en la que la subjetividad de los agentes sociales es totalmente ajena al trabajo concreto y a las condiciones de vida de esos agentes.

El resultado es una crisis de la unidad de clase. La clase obrera se encuentra, por lo menos en el momento actual de la lucha, en una fase de resistencia y subordinación. Es imprescindible comprender los mo-

¹ Revelli, M.: “Fine dello sviluppo e ricomposizione sociale”, en *Postfordismo e composizione sociale*, Documenti CNEL, no. 26, Roma, 2000, pp. 97-98.

dos y medios para recomponer una unidad que, probablemente, no adoptará las mismas formas que tuvo en el período anterior.

El nexo entre la concentración financiera y la descentralización, entendido como la máxima socialización de la producción, es directo. De hecho, es exactamente la dimensión financiera, empujada por la especulación y la maximización de las ganancias, la que estimula las unidades de producción a incrementar todo lo posible la productividad y la explotación. Esta mayor explotación es posible gracias al incremento de las inversiones en innovaciones tecnológicas y al ya mencionado proceso de descentralización. Mientras mayor sea el empuje de la dimensión financiera hacia la maximización de las ganancias, mayor será el interés de la producción de bienes y servicios por comenzar procesos sistemáticos y continuos de reorganización que modifican la situación de la fuerza de trabajo. Se pueden encontrar ejemplos diarios de esta dinámica, sobre todo en períodos de crisis económica. El término “turbocapitalismo”, que emplean empresas y economistas, describe con exactitud esta dinámica.

El otro rasgo que surge en la fase posfordista y en su proceso productivo es la importancia cada vez mayor del conocimiento y de todos los recursos del capital inmaterial. A diferencia de los anteriores modelos de producción, en los que el conocimiento procedía directamente de los medios técnicos y sistemas productivos de la fábrica, ahora el conocimiento penetra más profundamente las tareas productivas.

Antes sistematizamos, aunque de una manera escueta, los efectos del conocimiento en la producción; ahora debemos aclarar esta cuestión. La incorporación de habilidades a las máquinas es una tendencia constante del sistema capitalista y hoy, cuando la división social del trabajo alcanzó su nivel más alto, esta tendencia sigue vigente. En realidad, hoy día, el conocimiento no es sinónimo de profesionalismo independiente, sino un requisito que debe cumplir la mayoría de los trabajadores para poder entrar en el mercado laboral, ya que la ciencia y la tecnología se emplean directamente en la producción. Podemos entender entonces por qué el conocimiento de la tecnología de computación es un salto cualitativo que la fuerza de trabajo inevitablemente debe dar. No se trata solo de una cuestión de esfuerzos individuales pues es también una obligación de toda la sociedad, por lo que el Estado debe organizar directa e indirectamente la enseñanza de esa tecnología a partir de la escuela. Pero el resultado de este salto cualitativo es que los trabajadores de la tecnología de computación están actualmente más subordinados al capital que los obreros profesionales de la gran industria hace un siglo.

En todo caso, es evidente que una primera consecuencia de la aplicación del conocimiento a la producción es el crecimiento del trabajo inmaterial, aun en el caso de las labores poco calificadas. Este incremento proviene del sistema de producción de mercancías (que examinaremos más adelante) y, sobre todo, del enorme crecimiento del sector terciario,

tanto público como privado, en el que la mayoría de los trabajadores están empleados. Una segunda consecuencia es resultado de la reorganización de la producción de bienes y servicios. Esta reorganización genera, mediante los procesos de externalización, privatización, trabajo por contrato, etcétera, una especie de sector intermedio en el cual un conocimiento técnico más amplio debe ir acompañado por la capacidad de manejar las relaciones mercantiles y sociales.

Ahora deberíamos abordar los temas relacionados con las empresas pequeñas y medianas, el trabajo autoempleado, la “cultura” empresarial, los distritos productivos, la relocalización, las redes de relaciones, las redes de producción, etcétera. Pero lo más importante aquí es subrayar los rasgos productivos del conocimiento en el posfordismo. Además, ya contamos con numerosas publicaciones que describen de una manera muy detallada (quizás demasiado detallada) los aspectos empíricos de los procesos productivos y de relaciones así estructurados.

Existe un tercer nivel de integración entre la ciencia, la tecnología y la producción que no es nuevo, pero en él la integración es ahora más estrecha e interdependiente. Se trata del nivel directo de innovación tecnológica, de la relación entre las empresas y la investigación, de los procesos de privatización de las universidades y de sus productos científicos y su saber. En la relación entre ciencia y empresa, la que pierde es la ciencia. Esta tiende a perder su horizonte humanista y los intereses generales que hasta ahora se habían mantenido, por lo menos formalmente, independientes de intereses específicos como los de las ganancias de las empresas.

Debemos hacer una observación general relacionada con el conocimiento en la producción. De los tres niveles antes descritos se desprende que sectores cada vez más grandes de la clase obrera se verán involucrados en este salto cualitativo que afecta no solo los rasgos del trabajo, sino también el desarrollo de la cultura y, de un modo más general, la personalidad de los trabajadores.

La estrecha relación entre esta condición general y la dinámica sindicalista y política es obvia. Enfocar los mencionados cambios culturales (y antropológicos) implica ser capaz de resolver los problemas que enfrentan los trabajadores en el nuevo contexto social que está emergiendo.

Los méritos de un análisis estructural de clase: algunas tendencias en curso

Una vez definidos el esquema interpretativo del desarrollo histórico del modo de producción capitalista y algunos rasgos de la llamada fase posfordista, debemos dedicarnos ahora a analizar de un modo más concreto y sustancial las transformaciones y cambios en la composición de clases, en particular, en los países capitalistas avanzados.

El primer elemento de este análisis sustancial es la identificación de las tendencias que muestran claramente la dirección de las transformaciones, análisis que no debe limitarse a lo que ya existe, ya que también debe interpretar y entender los futuros escenarios.

Las tendencias en curso que se analizarán son: los cambios en la producción de mercancías, el crecimiento estratégico del sector terciario y los bloques económicos y la dimensión internacional de la clase obrera.

La producción de mercancías, la *filière* productiva y las fábricas modulares

La ofensiva contra los trabajadores se inicia en las grandes fábricas —con despidos y reorganizaciones— de los principales países capitalistas a finales de la década de los setenta del siglo xx. La creciente competencia internacional y la importancia de las finanzas en la economía refuerzan esta ofensiva debido al conflicto entre clases de esos años. Este proceso depende, sobre todo, de las descentralizaciones y externalizaciones que son perfectamente visibles hoy día, aunque sería precipitado concluir que terminó. Además, la tendencia que surgió en las grandes fábricas se difundió por todo el sistema de producción de mercancías y modificó completamente el cuadro anterior.

En el sector de producción de bienes, las empresas descompusieron y derrotaron al trabajador de masas que era la fuerza principal del movimiento de clases posterior a la Primera Guerra Mundial. Por consiguiente, a los trabajadores ahora les resulta difícil desempeñar el papel dirigente que tuvieron antes. Esto es, justamente, lo que ocurre en los principales países capitalistas.

Hoy día la situación de la producción de bienes es diferente; en ella los procesos productivos están dispersos en *filières* o “fábricas modulares”. Este proceso es una especie de reacción en cadena en las que no solo las grandes empresas, sino también las compañías pequeñas y medianas, relocalizan la producción. Concretamente, la compañía modular está compuesta por tres niveles diferentes, en forma de tres círculos concéntricos. El primero es el círculo estratégico de la firma, donde se desarrollan las innovaciones, la coordinación y la mercadotecnia. En él laboran los trabajadores más calificados, aquellos que poseen más conocimientos y experiencia, por lo que tienen una visión general de las estrategias y proyectos de la empresa.

El segundo círculo abarca la parte de la gran fábrica donde los componentes de las mercancías se ensamblan. La gran fábrica se achicó, pero no desapareció. Sus funciones cambiaron. Mientras que antes realizaba toda la producción ahora se dedica a ensamblar las partes que se producen fuera de ella utilizando, en lugar de la línea de ensamblaje, una estructura productiva basada en la tecnología de computación y la

robótica. Es obvio que no todas las compañías han alcanzado ese nivel tecnológico, pero las funciones principales son las mismas.

Los obreros empleados en esas estructuras laboran en condiciones muy diferentes a las del obrero de masas y suelen parecerse más a los técnicos que a los obreros manuales.

Estos dos primeros “círculos” pertenecen a la estructura formal de la compañía. La producción real se realiza fuera de la empresa mediante la descentralización no solo de las tareas de los obreros, sino también de los servicios, y mediante el empleo extensivo de la relocalización. Es en este contexto donde tiene lugar la mayor explotación, independientemente del trabajo que se realice. De hecho, la externalización de la producción y los servicios incorporan tanto a trabajadores de plantilla como a la llamada última generación de trabajadores autoempleados. Además, la relocalización de la producción en masa adquiere una gran importancia, quizás determinante. Esta producción se realiza ahora en países donde el costo de la fuerza de trabajo es sumamente bajo y el trabajo que se realiza exige una especialización entre mediana y grande. Estos dos últimos sectores de la fábrica modular demuestran claramente por qué el posfordismo es un descendiente directo del fordismo, es decir, por qué es una adaptación a una nueva situación en la que el mercado es limitado en lugar de ser una negación de la fase previa. Esta última crece en la periferia de las zonas desarrolladas.

El desarrollo estratégico de los servicios

En todos los países capitalistas avanzados la mayor parte de los trabajadores están empleados en el sector de los servicios (tanto público como privado). Por lo tanto, para definir la composición de clases de estos países hay que empezar por analizar el desarrollo del sector terciario.

Lo primero que hay que subrayar es que esta tendencia hacia el crecimiento cuantitativo va en aumento. De hecho, en sectores como los servicios, donde las Bolsas de Valores son particularmente sensibles a los posibles efectos de las inversiones en el empleo, las inversiones están creciendo de un modo casi exponencial. En el sector terciario las tasas de ganancia suelen ser mucho mayores que en el sector productor de bienes. La partida entre la “vieja” y la “nueva” economía se juega en sectores como las telecomunicaciones, la energía, el transporte, el sistema bancario y los servicios públicos (privatizados); estos son los sectores que más invierten en innovación tecnológica, y son también los sectores donde los gobiernos ganan o pierden su credibilidad política.

Las muy variadas privatizaciones en todo el mundo muestran que la partida del desarrollo se juega principalmente en el sector terciario. Es más, un análisis más profundo de la fábrica modular revela que los trabajadores empleados en los dos primeros “círculos” realizan tareas más

cercanas a la producción de servicios (administración, control por computadora, mercadotecnia) que a la de bienes.

Esta es la perspectiva en cuanto a los países capitalistas desarrollados. Pero sería erróneo concluir que existe una coincidencia de intereses entre las empresas y los trabajadores. De hecho, en el sector terciario también está en marcha un proceso de reorganización basado en la descentralización, la externalización y —en lo que concierne a los servicios públicos— el trabajo por contrato. Esta tendencia general ocasiona tensiones físicas y psicológicas a aquellos trabajadores cuyos empleos se habían considerado, hasta ahora, garantizados, y por ello resulta más fácil someterlos mediante chantaje. Además, a pesar de los altos niveles de las inversiones en nuevas tecnologías, una buena parte de los trabajadores en el sector de servicios realiza tareas no calificadas (limpieza, preparación y suministro de comidas) ya que su papel es el de crear condiciones para que el sector de servicios funcione.

La tendencia a fomentar el sector de servicios es impetuosa en los países imperialistas, aunque también se evidencia cada vez más en los países dominados que ajustan su desarrollo a las demandas del capital internacional. Por consiguiente, el sector terciario se caracteriza por un violento desarrollo tecnológico y financiero que lo convierte en fuente estratégica de mayores ganancias, así como por el hecho de que sus trabajadores están constantemente sujetos a procesos de reorganización y descalificación. Es obvio que esta contradicción nos obliga a seguir elaborando nuestro análisis. Este nos muestra que la posibilidad de ganancias y desarrollo social para mantener el crecimiento en los países desarrollados (bajo la hegemonía del capital), solo puede hacerse realidad desarrollando el sector terciario y no regresando a la producción de bienes. Las luchas de los trabajadores en los sectores del transporte, la salud y la educación durante los últimos tres años no solo fueron las únicas que tuvieron resonancia política, ya que también se caracterizaron por su difusión internacional, por lo menos en Europa. No es este un acontecimiento casual, pues indica que una contradicción fundamental está emergiendo en este tipo de desarrollo. La derrota del movimiento de los obreros en la década de los setenta fue sin duda política, pero su base material fue la fragmentación de la fábrica y la producción. La producción en masa fordista puede realizarse actualmente en las periferias de las zonas desarrolladas y las tareas de los trabajadores en la empresa del centro solo pueden modificarse sustancialmente gracias a las posibilidades técnicas y operativas de las empresas. La reducción de los costos laborales mediante la relocalización quizás propicie el renacimiento futuro de las luchas obreras allí donde la explotación es mayor. Pero, es objetivamente difícil prever un renacer del conflicto en las grandes fábricas de los países desarrollados porque los trabajadores, por un lado, son chantajeados mediante la amenaza de que perderían sus empleos y, por otro, son apaciguados por la política neocorporativa de

la empresa que apela a la condición objetivamente diferente de estos obreros.

La tendencia de los servicios a convertirse en el sector estratégico trastornó la situación de los obreros en relación con las fábricas. En realidad, la producción de bienes se realiza en otro lugar debido a que en él son más bajos los costos de la fuerza de trabajo, pero el objetivo es realizar las ganancias en los mercados desarrollados en vez de en el lugar donde se producen esos bienes, pues las posibilidades de venderlas aquí son insignificantes. *Los servicios, por otra parte, están sujetos a la inevitable condición de estar ligados al territorio por lo que no son relocalizables.*

Al analizar la composición de clase de los obreros y su comportamiento en los diferentes sectores debe destacarse un elemento importante. En la producción de bienes la fragmentación jurídica va acompañada de una respuesta técnica. Pero en la producción de servicios observamos una subdivisión jurídica que no se corresponde con una división técnica. Es difícil imaginar una división técnica del transporte nacional, de los servicios de salud o de las telecomunicaciones. De ello se desprende que la naturaleza de la lógica de la externalización, la descentralización y el trabajo por contrato es en realidad más política que económica. La cuestión es tratar de separar jurídicamente lo que de hecho está unido en la producción. El único objetivo de hacer temporal el trabajo en el sector de servicios es el de impedir la posibilidad de que los trabajadores se unan. Esta unidad podría modificar radicalmente las relaciones de poder en un sector que ha cobrado importancia estratégica para el desarrollo del capitalismo y de la rentabilidad. No es casual que el derecho a la huelga solo esté restringido en el sector de servicios.

Por último mencionaremos algunas interrogantes que probablemente no puedan ser respondidas definitivamente en este momento. Si es verdad que los cambios jurídicos ejercen influencia sobre la condición material de las grandes redes de servicios, ¿hasta qué punto pueden estas soportar los procesos de descentralización y de condiciones precarias de trabajo que, a largo plazo, podrían resultar, tanto funcional como económicamente, contraproducentes? Si esta perspectiva es real, ¿es posible que estos sectores se conviertan en el punto de resistencia de los trabajadores más combativos gracias también a las condiciones objetivas? Además, como perspectiva, ¿podría una “contraofensiva” de los trabajadores comenzar precisamente en estos sectores en vez de en los lugares donde el trabajo temporal está fragmentado, cuyas condiciones materiales habitualmente son peores?

Es evidente que estas interrogantes y este análisis del sector terciario no están estrechamente relacionados con el análisis de las características (y los cambios) de la composición de clases en el mundo del trabajo. Pero estos escenarios podrían ser una consecuencia del desarrollo tendencial del sector de servicios.

Los bloques económicos y la dimensión internacional de la clase obrera

Este análisis es un “reto” a la comprensión de los cambios en la producción. Tiene un doble objetivo. Por un lado, aspiramos a una interpretación teórica que no solo debe ser plausible sino también abarcadora. Por otro, aspiramos a definir del modo más concreto posible las transformaciones objetivas. Esto significa que las tendencias cuantitativas y cualitativas de la producción de bienes y servicios antes mencionadas deben combinarse con la tendencia a la constitución de bloques económicos y, en particular, con la aparición y el fortalecimiento de la Unión Europea y el euro. Esquemáticamente, desde un punto de vista estratégico, observamos la constitución de bloques económicos (no solo del europeo) dentro de los cuales —en lo que respecta a la producción— la producción de servicios es dominante en el centro mientras que la producción material de mercancías se relocaliza en las periferias (en lo concerniente a Europa, el Este y el Sur del Mediterráneo; en cuanto a los Estados Unidos, sin duda, el Norte de México).

Si enriquecemos este esquema “teórico” y lo comparamos con la información y los datos estadísticos, aparece otro elemento fundamental. La tesis de que existe una ruptura absoluta entre el posfordismo y la fase previa es refutada no solo por el hecho de que en los bloques económicos hay un centro posfordista y una periferia fordista, sino también por la circunstancia de que estas dos condiciones de trabajo se desarrollan junto a otros modos de producción como el modo esclavista (véanse los ejemplos de NIKE y Benetton) no solo en los países atrasados, sino también en el llamado centro desarrollado, donde la explotación de los inmigrantes es muy intensa. Incluso la reaparición de los sistemas “neomedievales” o tribales, sobre todo en las zonas ricas en materias primas de Asia y África, guarda relación con el nivel actual de desarrollo del capitalismo.

Por lo tanto, existe una creciente “producción flexible” que no reemplaza sino se suma a los anteriores modos de producción sobre la base de un solo elemento conector: la competencia global, es decir, la contracción del mercado mundial. Este mercado mundial cada vez se concentra más alrededor de los bloques económicos, como los de la Unión Europea, el NAFTA o Japón, que se valen de estos bloques para defender sus propios mercados internos.

Si estas son las tendencias relacionadas con la división del trabajo, es insuficiente considerar a los trabajadores solo en el plano nacional o en un nivel internacional genérico para comprender y enfrentar los problemas que se presentan. Por ejemplo, a la luz de la Unión Monetaria Europea y de la división y concentración económica del trabajo en el bloque europeo, sería de miopes no ver la clase obrera europea como un todo,

evitar la cuestión de cómo esta nueva condición está emergiendo y no dar respuesta a las inevitables demandas organizativas y a la necesidad de defender el trabajo.

Es claro que lo que presentamos aquí no es más que un esquema, dado que la producción de bienes no se puede planificar solo en la periferia. En Italia, al igual que en otros países europeos, hay zonas de “invitación” para las empresas, como por ejemplo el Sur y sus áreas metropolitanas. Al mismo tiempo, la cuestión de los servicios, incluidos los más desarrollados, no concierne solo al “centro”, sino también a otras zonas. Basta recordar el conflicto con Telecom Serbia, o los contratos con las compañías de los países europeos más importantes para que dirigieran o construyeran infraestructuras y servicios, particularmente en los Balcanes, Iraq, etcétera.

Por último, hay que tener en cuenta que el cuadro anterior no es la realidad totalmente desarrollada, sino la dirección que toma el movimiento de la realidad. Carecería de sentido pensar que es posible prever el alcance y las formas de este proceso y cómo se realizará concreta y totalmente.

Sobre la base de los datos relacionados con la nueva composición de clases en los principales países capitalistas surgió hace algún tiempo una interpretación ideológica que, a partir de la relación entre el posfordismo y el trabajo autoempleado, concibió escenarios que, a la luz de los hechos, no dejaron de ser otra cosa que escenarios. En realidad, se ha considerado que el trabajo autoempleado creció tanto que cuestionó la primacía del trabajo empleado. Se creyó que el crecimiento cualitativo del trabajo autoempleado llegó a un punto tal que la producción supuestamente pasó a ser un modelo “horizontal” donde las “redes” constituyen el punto más alto de la modernidad y el desarrollo socioeconómico.

La realidad productiva y social de la década de los noventa refutó claramente esta interpretación socioeconómica y devolvió de nuevo a la tierra el análisis de la situación. No es cierto que el trabajo autoempleado crezca cuantitativamente; en realidad, se estanca y quizás disminuye. En lo cualitativo, los procesos dentro del trabajo autoempleado han dado como resultado una pérdida de independencia y no lo contrario. En realidad, el porcentaje del trabajo autoempleado en Europa se ha mantenido más o menos estable durante los últimos veinte años. Lo que cambió es su composición interna.

La reestructuración social de los últimos veinte años cambió no solo el trabajo autoempleado, sino también el trabajo empleado. El número de sujetos tradicionales, como los comerciantes minoristas, disminuyó debido a las grandes cadenas de distribución y surgió entonces la llamada última generación de trabajos autoempleados que son el resultado de los procesos de externalización y de descentralización de la producción de bienes y servicios, como señalamos antes.

En relación con el trabajo autoempleado y sus tendencias, el hecho realmente nuevo es que surge una convergencia, y no una divergencia,

entre el trabajo autoempleado y el empleado: conservan rasgos externos diferentes aunque también muestran algunas características básicas comunes. La primera característica común es una gran subordinación al modelo de desarrollo impuesto por la dimensión financiera de la economía. Para el trabajo dependiente esto significa una mayor inseguridad, y para el autoempleado una pérdida de lo específico de su condición. El segundo rasgo unificador es el salto cualitativo logrado por el empleo del conocimiento y, por tanto, por la naturaleza cada vez más inmaterial de la producción en todos los sectores. La causa de este proceso es sin duda la socialización progresiva e inevitable de la producción como resultado del modelo posfordista y su empuje hacia una mayor homogeneidad de los procesos laborales.

Una última observación para concluir esta sección sobre el trabajo autoempleado y el pseudoempleado. La ideología posfordista del autoempleo resulta más cuestionada cuando adoptamos otro punto de vista más tradicional pero también más funcional. En realidad, la transformación de la producción logró altos grados de productividad mediante el desarrollo de la tecnología, pero también la utilizó, sobre todo, para elevar la productividad del trabajo. Este proceso requirió que en ciertas producciones se introdujera el salario por piezas o a destajo en lugar del salario por días trabajados. Por lo tanto, el salario por piezas ha sido una condición del aumento de la productividad, tanto material como inmaterial. También produjo una identificación mucho más estrecha entre los obreros y las actividades laborales dirigidas por otros y entre estas y los niveles salariales aceptables e incluso medianos y altos en la sociedad moderna.

Hasta ahora hemos tratado de aclarar el vínculo entre la tendencia histórica, los procesos económicos y la composición social de los trabajadores trazando las líneas generales del movimiento. Pero hay otros aspectos del análisis que deben subrayarse a fin de obtener un cuadro más preciso de los cambios en el mundo del trabajo. Uno de ellos tiene que ver con la incorporación de la mujer al trabajo. Se trata de una tendencia emergente menos obvia que en modo alguno cambia la subordinación de la mujer en el mercado laboral. Es indudable que el cambio parcial aunque considerable en la producción, de material a inmaterial, crea condiciones para el acceso masivo de las mujeres al mundo del trabajo. Sin embargo, este acceso no se produce de manera "regular", pues se caracteriza por el trabajo atípico y las formas más eventuales de empleo. Las mujeres pueden encontrar empleos, pero estos se basan en contratos de jornada parcial, a plazo fijo y temporales.

Otro elemento que nos permite obtener un cuadro más claro es el crecimiento sostenido de la inmigración en los principales países capitalistas. Este fenómeno está creando un nuevo sector de trabajadores que se estabiliza incluso de un modo contradictorio.

En lo que respecta a la relación entre los inmigrantes y el mercado laboral, es imposible llevar a cabo un análisis preciso dado el evidente

carácter del trabajo de los inmigrantes que es flexible e inconstante. En todo caso es evidente que la fuerza de trabajo inmigrante complementa la fuerza de trabajo autóctona, tanto por realizar los trabajos más pesados, incómodos, peor pagados y menos protegidos, como por su incorporación a los trabajos temporales y de estación. Es claro que el bloque económico dominante en el centro del sistema tendrá que resolver la cuestión de la inmigración.

La cuestión de la inmigración y sus consecuencias sociales, políticas y culturales nos obliga a enfrentar un problema de primordial importancia para el movimiento obrero en su dimensión internacional. En primer lugar, hemos visto que el imperialismo de nuestros días tiende a reorganizar la producción y la clase obrera de los diferentes países y cómo estos últimos están mucho más entrelazados estructuralmente (no solo políticamente, como ocurría en el siglo xx).

Es obvio que, dentro de la nueva división mundial del trabajo, las condiciones materiales de los trabajadores de países imperialistas son diferentes, tanto en lo que concierne a los rasgos de su trabajo como en lo político y económico. La razón de esta diferencia está dada por la decisión de las clases dirigentes de los países imperialistas de mantener su hegemonía política y no reducir los mercados nacionales de los países imperialistas. Dicho de otro modo, la plusvalía producida en los países dependientes se distribuye. Lenin se refirió a la aristocracia obrera. Dada la naturaleza internacional y social de la producción, ¿cabe hablar hoy de una “aristocracia asalariada”? No se trata de una cuestión retórica; ella está íntimamente ligada al análisis de clase actual, a su dimensión internacional y a los rasgos de los diferentes sectores, en primer lugar, de los que se encuentran en el centro del sistema imperialista actual.

No deseamos abordar esta cuestión, pero queremos subrayar su gran importancia en relación con los problemas políticos del movimiento obrero internacional, con la necesidad que este tiene de organizarse más allá de las fronteras nacionales y con la perspectiva del cambio social como elemento de una contradicción profunda (tal como fue en la fase revolucionaria anterior que llegó a su fin con la caída de la Unión Soviética).

Nuestro propósito es alentar una discusión sobre este asunto y sobre cómo unificar los distintos sectores de la clase obrera en una sola perspectiva de emancipación. Este objetivo es una tarea que no podemos soslayar dadas las características que surgen de la división internacional provocada actualmente por el imperialismo.

El posfordismo y los modelos de flexibilización del trabajo y la vida social

A fin de comprender la fase actual de la competencia global es esencial relacionarla con el análisis de la organización del ciclo productivo, de

las características del tejido productivo y social, del papel del Estado, de las relaciones entre las zonas internacionales, así como de su estructura económica y de los intereses generales que están detrás de la dominación y la expansión y determinan los conflictos interimperialistas. Estas cuestiones están muy relacionadas con el paso trascendental de la época fordista a la llamada posfordista.

La teoría económica de Marx, así como toda la teoría marxista, se caracteriza por una nítida naturaleza social, por estar orientada a la acción y la práctica, por una relación muy estrecha entre la teoría y la práctica. Para los marxistas, conocer el mundo siempre ha significado transformarlo. Las leyes objetivas de la sociedad capitalista se revelan en el curso de la lucha de clases para poner fin al capitalismo.

La tarea de Marx y Engels fue desarrollar una teoría económica y política que subvertiría los viejos esquemas y que estaría constantemente en consonancia e interactuaría con la realidad de clases. Esta cuestión nos conduce a la importancia que tiene Marx para el análisis del conflicto actual entre el capital y el trabajo a partir de la composición de clases de hoy día .

A partir de una reconstrucción esquemática de las últimas fases económico-políticas podemos percatarnos de que desde los primeros años de la década de los setenta se produce un debilitamiento de la unión entre el sistema productivo fordista y los modelos keynesianos mediante los cuales el Estado podía mediar, regular, cooptar y reducir los conflictos sociales. Los intensos procesos de industrialización fordista se desplazan a nuevos mercados, especialmente en el sudeste asiático y Europa Central y Oriental, lo que ocasiona un aumento de la competencia internacional y cuestiona el liderazgo de los Estados Unidos.

El modelo de democracia capitalista, que nació y se consolidó en todas sus variadas formas en los Estados Unidos con el fordismo, desapareció en los últimos 25 años. Esto invalidó aquel concepto de sociedad civil, y de *civilización*, que había surgido junto con la sociedad capitalista, lo que ocasionó el derrumbe de toda la estructura productiva preexistente y *destruyó aquellas formas de la sociedad civil que habían sido determinadas por el modelo keynesiano de mediación y regulación social. Estas formas de sociedad civil, social y, ante todo, económica eran inherentes a la lógica constitutiva del modo capitalista de producción y a sus relaciones de clase. Ellas determinaron la existencia de los trabajadores hace unos pocos decenios y, de la misma forma, en la fase actual que denominamos, bien o mal, posfordismo.*

El colapso del fordismo provocó el nacimiento de nuevos modelos de acumulación flexible. Estos se basan en el hecho de que es la demanda la que determina la producción en el contexto de conflicto global y competencia desenfrenada aun cuando es imperfecta. La competencia se basa cada vez más en la calidad de los productos y el trabajo, en un modo que se caracteriza por los recursos inmateriales de capital intangible. Esta

reorganización del capital dejó de sustentarse en la relación entre la cantidad producida y los precios (que son elementos típicos del fordismo). Por el contrario, va acompañada de un trabajo manual mal pagado, relocalizado y cada vez menos regulado cuyo empleo es posible gracias a los servicios externalizados con escasas garantías laborales.

La crisis del sistema, debido a la transformación del trabajo en la sociedad posfordista, se puede explicar también en el contexto del desarrollo de un tipo de trabajo básicamente inmaterial. Este tipo de trabajo se caracteriza extensivamente por una forma de cooptación social que va más allá de la fábrica y el trabajo productivo, e intensivamente por la información y la comunicación, que son recursos del conocimiento o capital intangible. Por trabajo inmaterial se entiende el trabajo que produce “el contenido informativo y cultural de la mercancía” que modifica el trabajo de los obreros en la industria y los servicios, donde las funciones están subordinadas a la capacidad de procesar información, tanto vertical como horizontal. *No obstante, ¡esto sigue siendo trabajo!*

Aparece un nuevo ciclo productivo ligado a la producción inmaterial que muestra que la empresa y la economía fordista y posfordista se sustentan en el procesamiento de capital como información. Esto ocasiona una profunda modificación de la empresa, que se estructura ahora alrededor de las estrategias de venta y de la relación con los consumidores: como resultado de esta estrategia el producto se examina, en primer término, desde el punto de vista de su venta y, en segundo término, de su producción. Esta estrategia se basa en la producción y el consumo de información como capital mediante la utilización *de la comunicación desviante y la mercadotecnia social* con el fin de recolectar y difundir información destinada al condicionamiento social general.

El proceso ante el que nos encontramos no es simplemente un proceso de desindustrialización, una de las muchas crisis del capitalismo. Por el contrario, se trata de una transformación radical del capitalismo. Esta transformación afecta a toda la sociedad y crea nuevas necesidades. La cuestión aquí es la de una calidad de vida que crea comportamientos socioeconómicos impuestos por la flexibilidad de la empresa, difundidos a través del tejido social y diferentes a los de la sociedad industrial. Esta última se basa en el carácter central de la fábrica y en la intervención del Estado que, lejos de determinar una forma de relaciones diferentes a las capitalistas, defendió de hecho el capitalismo y facilitó así su salida de la crisis.

De un modo más específico, el resultado de los distintos análisis que aparecieron en PROTEO² muestran un sector de servicios que interactúa cada vez más en otras actividades productivas y se integra en ellas, lo

² PROTEO es una revista científica dedicada al estudio de la dinámica económico-productiva y las políticas obreras que edita CESTES (Centro Studi Trasformazioni Economico-Sociali) y Rappresentanze sindacali dei Base - RdB.

que hemos definido en otro lugar como *difusión terciaria de múltiples niveles*, que va acompañada de la flexibilidad de la vida social impuesta por un tipo de empresa socialmente extendida por el territorio. El sector de servicios va acompañado de una flexibilidad general que se está convirtiendo progresivamente en una fuerza motriz dentro de este tipo de desarrollo económico. Esta flexibilidad no se puede explicar simplemente en términos de procesos de desindustrialización y transformación productiva (reestructuración/conversión tecnológica), sino debe explicarse a partir de la necesidad general que tiene el capitalismo de reorganizarse y diversificarse.

Este análisis muestra que todavía nos encontramos en una fase de transición que, no obstante, revela ya algunas connotaciones muy claras. Somos testigos de un incremento de la producción de servicios en comparación con la de bienes materiales. Pero esto tiene lugar fundamentalmente a través de procesos de externalización de los servicios y las fases de poco valor añadido del ciclo de producción basado en la superexplotación del trabajo. Este trabajo suele reclutarse mediante la relocalización internacional que busca formas de trabajo desprotegidas y de bajos salarios; esto va acompañado de un gran número de trabajos intelectuales y técnico-profesionales que suelen ser tan precarios como los manuales y repetitivos. *Todo esto está ligado a la valorización del capital, que se sustenta en las relaciones de clases, por lo que está en contradicción con el trabajo vivo y reproduce el trabajo asalariado a fin de multiplicarse.*

Por consiguiente, debemos estar concientes de los cambios que se han producido en los procesos productivos y en las configuraciones de las subjetividades del trabajo, el no trabajo y el trabajo denegado. Es preciso volver a subrayar que la posibilidad última de salir de la crisis de superproducción, acumulación y crecimiento del capitalismo radica en *el potencial crítico del trabajo asalariado, que parte de un fuerte movimiento sindical que actúa dentro y a favor de los procesos de recomposición de clase, es decir, a favor de todo el segmento social que está sujeto de manera diferente a la explotación capitalista, tanto en los lugares de producción como en toda la vida social.* En relación con estos problemas, las *Rappresentanze Sindicali di Base* han estado desarrollando durante muchos años un papel rector y anticapitalista. La independencia, la autonomía y las relaciones de clases se encuentran en el centro de sus tareas político-sindicales.

Vivimos hoy en la época de la informática y la comunicación virtual, de la revolución postindustrial basada en los recursos no materiales, en el capital intangible. Este nuevo rasgo, a diferencia de lo que ocurría en el *boom* industrial de la era fordista, no genera nuevos sectores ni nuevos empleos. Por el contrario, engendra una situación de mayor flexibilidad en la que los derechos de los trabajadores son cada vez menos importantes.

Esta situación originó un nuevo tipo de trabajo, el llamado “*trabajo atípico o informal*”. Esta expresión incluye los llamados *trabajos ocul-tos, secundarios, no registrados, ilegales y temporales*. Se trata de un trabajo mal pagado y que no está regulado mediante convenios colectivos o procedimientos legales y reguladores. Estos trabajadores no gozan de garantías y deben trabajar en condiciones inaceptables. La imposición de un nuevo modelo de explotación del trabajo, aunque con diferentes procedimientos y etapas, origina una *nueva fase de la acumulación flexible capitalista que probablemente habrá de redefinirse en el futuro*.

El cambio es evidente. El sector de servicios está perdiendo su carácter residual y de subsistencia y se convierte, mediante los procesos de flexibilidad que la fábrica social generalizada impone, en un elemento que contribuye al desarrollo capitalista. Es un factor rector en el nuevo modelo dinámico de desarrollo, capaz de satisfacer la demanda cambiante tanto cuantitativa como, en particular, cualitativamente. Además, fomenta y realiza procesos de innovación para los factores de la oferta e impone a todo el cuerpo social (las nuevas figuras del trabajo, el no trabajo y el trabajo denegado) una adaptación activa al nuevo ciclo de desarrollo capitalista basado en la acumulación flexible.

Parece paradójico, pero aun cuando disminuye el tiempo necesario para realizar un trabajo la clase obrera vive en condiciones de total opresión, donde las horas extras trabajadas se consideran tiempo de trabajo normal. La clase obrera no tiene ya un tiempo de trabajo fijo, está menos protegida y suele aceptar pasivamente esta situación debido al cierre del mercado laboral; como es muy difícil encontrar trabajo, la clase obrera tiende a aceptar esta situación opresiva por temor al desempleo.

La creciente importancia económica del sector de servicios y de la flexibilidad, así como la reorganización del capital (con los consiguientes fenómenos de precariedad, relocalización y carácter central de los servicios) engendraron durante los últimos años un creciente número de “*trabajadores atípicos*”. Este número siempre creciente de trabajadores es obligado, debido a la falta de trabajos regulares, a aceptar cualquier empleo, aun cuando se caracterice por una *gran flexibilidad de las funciones* (que aumentan a medida que el trabajo se fragmenta) y por la *flexibilidad de las horas de trabajo* (es decir, disminuye en los contratos de duración indefinida y aumenta en los de plazo fijo). Somos testigos del nacimiento de nuevas actividades (la mayoría de las cuales en el sector terciario) que generan y al mismo tiempo fuerzan el desarrollo de nuevos sujetos de clase, tanto del trabajo como del no trabajo, de nuevos modelos y mecanismos de crecimiento, organización y acumulación.

Por primera vez la crisis del trabajo afecta tanto a los desempleados como a los trabajadores empleados de variadas formas. Sin embargo, aun los contratos atípicos y las nuevas formas de las estructuras (redes)

de las firmas siguen relacionados con los estándares pasados. En la firma tradicional la medida sigue siendo el tiempo de trabajo; por el contrario, la firma de redes aún es una organización con sus propios empleados y con una notable presencia de los nuevos asalariados. El cambio más profundo es aquél que afectó directa e indirectamente a la masa de asalariados, al *sistema laboral* y al *sistema de bienestar*.

La máquina sustituye cada vez más el trabajo directo y aumenta la frecuencia de las actividades que tienen como objetivo restaurar la superexplotación en una sociedad asalariada que intensifica las formas contractuales atípicas (jornada parcial, temporal, capacitación, etcétera) definidas por Gorz como “trabajo servil, complementario de la declinación de las formas del trabajo asalariado”. La crisis está ocasionando la desaparición de los trabajos permanentes, regulares, pero no del trabajo asalariado.

Esto se debe, sobre todo, al nuevo sistema económico, que incrementa la parte del capital y reduce la del trabajo y a los procesos de información que ahorran una considerable de fuerza de trabajo, lo que permite reducir los trabajadores permanentes. *El desempleo, la flexibilidad y la precariedad de los salarios y el trabajo se hicieron de este modo estructurales.*

Los datos suministrados por CNEL, ISTAT, etcétera, corroboran los resultados de nuestra investigación. Podemos alcanzar entonces una mejor comprensión de las relaciones de coerción general de los comportamientos que se han establecido entre la empresa capitalista, el conjunto de los trabajadores empleados y desempleados y de la población que está directa o indirectamente ligada a una especie de nueva fábrica generalizada. Esta nueva dimensión social del trabajo crea formas nuevas de marginalidad social y nuevos pobres, incluidos aquellos que previamente tenían empleos garantizados como los de la administración pública y que disfrutaron de un “trabajo permanente”. La realidad económica está evolucionando rápidamente, pero esto no cambia la línea de demarcación entre el capital y la clase obrera, que no puede aceptar ser compatible con la crisis de la acumulación cuantitativa.

En la tercera fase de la modernización capitalista lo que se objeta es la idea del tiempo de trabajo y el lugar de trabajo. Por ejemplo, en cuanto al empleo temporal, los trabajadores son empleados por varias empresas que pueden utilizarlos cuando los necesitan. En este caso los trabajadores son contratados por un empleador, que los puede alquilar a otros empleadores. Así pues, la idea del tiempo de trabajo y el lugar de trabajo cambió, y ahora el tiempo de trabajo se divide en tiempo de espera por un empleo y tiempo de trabajo efectivo.

El aspecto territorial habrá de ser cada vez más importante con el paso de la producción en masa concentrada a la flexible y extendida, que se basa en la movilidad, la flexibilidad y la fragmentación de la clase obrera.

El posfordismo en Italia: nuevas formas de la división del trabajo y la nueva estructura de la clase obrera

La llegada a su fin de la era fordista sitúa también a Italia en una fase de redefinición del capital con características postindustriales. Los análisis que enfocan la fábrica y el carácter central de los obreros son totalmente obsoletos. Ahora marchamos hacia una jerarquización de los modelos de desarrollo que se sustenta fundamentalmente en las modalidades de la transformación económica y social que engendran nuevas subjetividades desprotegidas.

Existe un sector terciario que interactúa y se fusiona con otras actividades productivas, particularmente con las industriales. Este hecho permite el nacimiento de un nuevo modelo de desarrollo organizado denominado “*tejido de capas múltiples de la difusión terciaria*”. Esto significa un sector terciario implícito y explícito que asume el papel de motor propulsor del modelo de desarrollo económico. El sector terciario no solo puede explicarse por los procesos simples de desindustrialización, o por los procesos industriales de reestructuración, sino también por las necesidades de reestructuración y diversificación del capitalismo italiano.

En este contexto social, económico y productivo, la clase media todavía desempeña un papel muy importante en la regulación y la dirección de zonas locales específicas, caracterizadas en términos económicos. En cuanto a la movilidad y los determinantes cualitativos del ciclo de vida en el nivel económico regional y nacional, existe una tendencia hacia la consolidación de los liderazgos locales, que se basan en los efectos imitativos del *status*, particularmente influyente en una parte de la clase media. En Italia esto significa, por ejemplo, que algunos grupos económicos nacionales están influyendo el comportamiento económico y social de sujetos locales que antes habían caracterizado la evolución de los *distritos industriales*.

El modelo italiano de capitalismo todavía recibe sus principales recursos de las distintas formas del *distrito industrial*. Este modelo se distingue por la especialización de las estructuras y fuerzas laborales, dentro de redes de firmas que continuamente se transforman y cuyas actividades están multilocalizadas. Al mismo tiempo se suele recurrir a la *flexibilidad del salario*, la *intensificación del tiempo de trabajo* y a una *elevada división del trabajo*, que condujeron a la *difusión del trabajo temporal* y a la *negación de los derechos sindicales*.

La clasificación de las relaciones de trabajo atípico que propusimos aquí es parte de un marco que agrupa diferentes categorías del trabajo en tres niveles: el carácter, en cuanto al tiempo, del desempeño (permanente, temporal), la duración de la jornada laboral (completa, parcial) y la madurez de los derechos de seguridad social (completa, reducida o ninguna).

Se puede conseguir una visión más o menor abarcadora de las diferentes formas del trabajo en dependencia del punto de vista elegido. En particular, si consideramos el carácter temporal junto con las horas de trabajo, la madurez de los derechos de seguridad social y la mayor o menor “naturaleza atípica”, es posible identificar 31 tipos de trabajo atípico. De estos, 18 se pueden catalogar de “estrictamente atípicos” y los 13 restantes de “parcialmente atípicos”.

Si analizamos detalladamente la naturaleza atípica de las relaciones laborales que cuentan con derechos completos de seguridad social, veremos lo siguiente:

- empleados que tienen trabajos permanentes de jornada completa, que trabajan en sus casas o realizan teletrabajo: se clasifican como atípicos únicamente sobre la base de las modalidades de sus servicios laborales y no a partir de la naturaleza de los contratos que regulan esos servicios;
- entre los dependientes con contratos de trabajo permanentes pero de jornada parcial, aquellos con contratos de jornada parcial se clasifican como atípicos, sobre todo, debido a su reciente difusión en Italia;
- los trabajadores de agencia y los que realizan trabajo social en el extranjero son “atípicos en el sentido estricto”; y
- los empleados que trabajan jornadas completas, con contratos de agencia, de plazo fijo y capacitación se consideran “atípicos en el sentido estricto”.³

Según ISTAT, entre 1992 y 1997 los trabajos se redujeron en 1 700 000 unidades; una gran parte de estos trabajos pasaron a formar parte de la llamada “economía sumergida” (trabajadores no registrados, trabajadores inmigrantes e ilegales, trabajadores ocasionales, trabajadores que reciben pagos por indemnización, etcétera). Estos problemas los sufren ante todo las mujeres y los jóvenes, además de que incrementan la diferencia tristemente célebre entre el Sur y el Norte de Italia. Debemos destacar también la duración del período de desempleo: más del 60% de los desempleados italianos tienden a mantenerse fuera del mercado laboral durante más de 12 meses.

Esta situación tampoco cambió en los años siguientes. Por ejemplo, el informe ISTAT 2001 señala que en sus comienzos el período 1993-2001 se caracterizó por una fase de dificultades en el mercado laboral que ocasionaron una disminución en el empleo de 458 000 unidades durante los dos primeros años. En los años siguientes se pudo observar una recuperación igualmente firme: en 1998, las cifras del empleo vuelven a ser las de comienzos del período y en el 2001 el número de los empleados se elevó a 21 514 000 unidades, con un incremento de 1 030 000 unidades en relación con 1993.

³ Rapporto annuale ISTAT 2001, p. 149.

El curso del desempleo es contrario al del empleo, pero con un significativo intervalo de tiempo entre ambos: el desempleo aumenta rápidamente, pero solo es reabsorbido con dificultad cuando comienza la recuperación económica. En relación con el nivel inicial, el desempleo se elevó de 2 229 000 unidades a 2 745 000 unidades en 1998, el número máximo de personas que buscaban trabajo. A partir de ese año, el desempleo es progresivamente reabsorbido y en el 2001 el número de desempleados se estabiliza en 2 267 000 unidades. Esta situación estuvo influida por el crecimiento progresivo de las nuevas formas del trabajo flexible, sobre todo durante la segunda mitad de la década de los noventa. La parte del componente atípico de hecho aumentó durante este período en ambos sexos, un poco más en el caso de las mujeres que en el de los hombres. En realidad, en el 2001, el desempleo temporal masculino fue un 8,3% del empleo total (en 1993 era del 5%), mientras que el femenino aumentó desde un 8,2% hasta el 11,9% actual.⁴

Vale la pena recordar que, en relación con otros países europeos, el desempleo en Italia tuvo la particularidad, desde el punto de vista de su distribución, de ser sinónimo de desempleo juvenil. De hecho, desde comienzos de la década de los sesenta hasta comienzos de la de los noventa del siglo xx, entre el 75 y el 80% de las personas que buscaban trabajo se concentraban en la categoría de 15-29 años, independientemente de la fase de la coyuntura económica. En otros países europeos la distribución mostraba una tendencia opuesta que no ha cambiado.

Este modelo cambió parcialmente en la última década. Ya en 1993 las personas mayores de 29 años que buscaban trabajo fueron el 65,4% del total, y ahora constituyen el 51,4%.

Esto no significa que el problema del desempleo haya aminorado. De hecho, la tasa de desempleo en la categoría de 25-29 años sigue siendo casi el doble de la de la categoría de 30-35 años —y tres veces más alta que la de la categoría de 20-24 años—. Sin embargo, mientras el número de los que buscan empleo se mantuvo más o menos igual en estos nueve años, el desempleo de los adultos aumentó de 804 000 a 1 103 000. Este cambio en el desempleo es resultado en parte de los cambios en la composición por edades de la población, pero no se explica completamente por estos.⁵

En relación con abril del 2001, el trabajo a plazo fijo —tanto de jornada completa como parcial— aumentó en 88 000 unidades. Por el contrario, el trabajo de jornada parcial —tanto los de duración indefinida como los de plazo fijo— disminuyó en 25 000 unidades. En un año el porcentaje se redujo del 9,6 a 9,2%.

En abril, el componente masculino volvió a aumentar en un 1,5% (199 999 unidades más); el componente femenino se mantuvo crecien-

⁴ Rapporto annuale ISTAT 2001, p. 127.

⁵ Rapporto annuale ISTAT 2001, p. 131.

do hasta llegar al 2,3% (184 000 unidades más en relación con abril del 2001).⁶

Es interesante analizar un estudio de los perfiles profesionales realizado por el CNEL (abarca el período 1997-1998), que se basa en las experiencias de los trabajadores miembros de las Associazioni della Consulta. La diferenciación según tres perfiles profesionales (papel profesional, ecología de la profesión y estructura de la profesión) dio como resultado ocho categorías:

- *La élite*, aquellos que desempeñan funciones de coordinación y dirección sobre la base de un aparato teórico especializado.
- *La sub-élite*, aquellos cuya identidad se funda en una fuerte autocertificación y en un aparato teórico muy genérico.
- *Los conservadores*, aquellos que realizan trabajo empresarial en el sector público.
- *Los cuasiprofesionales*, aquellos cuyo trabajo se basa en un aparato teórico genérico.
- *Los innovadores*, aquellos cuyo trabajo se sustenta en un aparato teórico especializado.
- *Los adaptables*, es decir, los profesionales que forman parte de un sistema de capacitación especializado.
- *Los especialistas*, aquellos que trabajan fundamentalmente sobre la base del trabajo dependiente sin elevados niveles tecnológicos.
- *Los de los intersticios*, aquellos que operan en un contexto estático y para los cuales no existe una vía específica de capacitación.

Estos datos muestran que el sector “servicios a las empresas” agrupa la mayor parte de los tipos profesionales: cuasiprofesionales (100%), los de los intersticios (75%), innovadores (79%), sub-élites (66,6%). De esta manera resulta claro el papel del sector terciario como sustento del aparato productivo. Por otra parte, la élite (62,5%) y los conservadores predominan en el sector técnico, mientras que los demás perfiles están uniformemente distribuidos.

El nacimiento de *nuevos sujetos del trabajo y del trabajo denegado* es evidente. Estos sujetos suelen estar en los límites del sistema productivo oficial, no son bien pagados, a menudo se involucran en trabajos no registrados y en las formas del trabajo no oficial. Es esta aquella parte de la clase obrera que para obtener un ingreso mínimo garantizado está obligada a aceptar condiciones laborales similares a aquellas de comienzos del siglo pasado.

En este contexto es muy importante comprender el significado del nuevo concepto de distrito industrial y terciario: es este un distrito muy específico y su propia dimensión socioeconómica y territorial, definida según las relaciones de coerción de los comportamientos de las masas

⁶ Fuente: ISTAT, “Rilevazione Trimestrale sulle forze di lavoro”, junio 26, 2002, p. 6.

por las empresas capitalistas en la comunidad local, y una capacidad de autocontención forzada en términos de oferta y demanda de trabajo. Se trata de una nueva estructura del mercado laboral creada por la marginalización, la precariedad y la expulsión de aquellos sujetos que no son compatibles económica y productivamente con este proceso.

De acuerdo con esta interpretación socioeconómica, es necesario analizar las transformaciones tecnológicas y productivas que caracterizan algunas realidades territoriales y determinan la creciente importancia de algunos sistemas terciarios y conformados por redes.

De este modo es más fácil detectar las tendencias del desarrollo económico, sus cambios en curso y los diferentes rasgos de las actividades económicas. En particular, se pueden detectar las actividades terciarias y las fases de externalización y relocalización del ciclo productivo, muy difundidas por todo el territorio nacional. Estos son los factores que caracterizan el desarrollo económico en Italia así como en otros países capitalistas avanzados, tanto centrales como periféricos.

Estas dinámicas afectan también las zonas “marginales”, es decir, afectan las relaciones entre todas las estructuras de la economía y la *realidad productiva del Sur de Italia (Mezzogiorno)*. Estas relaciones cambian con el tiempo, pero siguen conformando el *subdesarrollo* y están *adaptadas a la necesidad evolutiva del sistema en otras zonas italianas: la reproducción y la expansión de la estructura central de la economía*. La función del Mezzogiorno cambió. En el pasado se le consideraba la reserva de trabajo, el tope en el costo del trabajo y el regulador de las contradicciones productivas y sociales. Ahora se le considera una zona preferencial de ventas, un apoyo a la redistribución del ingreso a las empresas, las cuales sufren debido a las bajas ganancias y a los recortes en los campos tradicionales. Es sin duda el resultado de una relación de dominación con características reales de colonización *de las zonas del Sur*.

Nos referimos aquí a las grandes zonas del sur de Italia, que se caracterizan por un gran desempleo y el trabajo tanto no oficial como temporal, apropiados para el desarrollo de actividades mal pagadas y el trabajo en casa. Se trata de una auténtica relación de *expropiación/apropiación*, de superexplotación del trabajo, por lo que las empresas matrices abren filiales en las áreas periféricas al tiempo que conservan las funciones estratégicas y más rentables de producción y mercadotecnia.

Estos tipos de procesos de marginalización de la economía del Sur también caben en el proyecto del *camino italiano hacia la competencia económica global*, que obliga al capitalismo a escoger un *modelo de desarrollo distribuido en el territorio*, y basado particularmente en formas más presionantes del sector terciario *implícito y explícito*. Un modelo que necesita de consenso para ampliar la fábrica, lo que hace más precario el trabajo y fragmenta la clase obrera.

En definitiva, la tendencia de la estructura productiva hacia la terciarización continúa. Esta tendencia va acompañada por una clara declina-

ción de la importancia del sector agrícola, ocasionada también por el más o menos evidente proceso de desindustrialización.

En Italia, la *transformación de la geografía del desarrollo* tuvo lugar sobre todo en las últimas *dos décadas*, y se debió, además de a un intenso proceso de terciarización, a una diferente caracterización cuantitativa y, en particular, cualitativa de las actividades productivas de la fábrica social generalizada. La fábrica social, en virtud de su flexibilidad, determina intensos procesos de redefinición, especialización y diversificación, e impone de esta forma a los nuevos sujetos del trabajo y el no trabajo una adaptación activa a los tipos y la cultura organizativa de ella.

El aumento del número de empresarios, como lo muestran las fuentes oficiales con la apertura de la *partita IVA*,⁷ tiene su causa en el gran incremento que han tenido en Italia las actividades de autoempleo. Estas nuevas figuras del trabajo sobrepasan los 7 millones de personas que en lo fundamental son “compañías de un solo hombre”, representativas de lo que podemos denominar trabajo autónomo —en oposición al trabajo asalariado— de última generación. Se trata sobre todo de antiguos empleados, ahora en situación precaria, que no tienen ya garantías de continuar trabajando, obligados a dedicarse a las nuevas formas del trabajo a destajo, sin las regulaciones ni los derechos típicos del trabajo asalariado. Tras la ilusión del “autoempleo”, de la libertad socioeconómica del “trabajador que se dirige a sí mismo”, siempre hay una nueva forma de trabajo subordinado desregulado, una superexplotación y una carencia severa de garantías de seguridad social (salud, pensiones y otras formas de asistencia).

Pero detrás del desarrollo de la empresa local, que no es más que trabajo subordinado oculto, se encuentra el capitalismo salvaje que crea falsos mitos para esconder sus contradicciones. Así pues, el desempleo y el trabajo temporal han aumentado notablemente, al tiempo que se niegan las garantías de la seguridad social y los derechos laborales. Esto ocurre en un territorio que es vuelto a definir como “fábrica social”: un lugar de experimentación y de imposición de la compatibilidad de empresas.

En este contexto de transformación global y de una transformación capitalista total, el Estado de bienestar se convierte en un Estado de las firmas, en un Estado de la ganancia. Este se basa en la lógica del mercado, la rentabilidad garantizada e incrementada, la transformación de los derechos sociales en caridad y la difusión social de la flexibilidad y la productividad como formas nuevas de las “divinidades sociales”.

El papel y el significado que usualmente se le asignan al llamado “tercer sector” (organizaciones no lucrativas) es coherente con el análisis anterior. Es importante recordar que la importancia estratégica del sector no lucrativo es ampliamente reconocido por instituciones y enti-

⁷ La “partita IVA” es el impuesto de valor añadido que las empresas y los trabajadores autoempleados deben cobrar a sus clientes y pagar al gobierno central.

dades como la Banca d'Italia (el Banco Central de Italia), la dirigencia católica y el mundo de las fundaciones financieras.

La tendencia parece orientarse hacia una economía de dos facetas: la primera solo aspira a las ganancias, la exclusión social y la marginalización. La segunda, el mundo de los “voluntarios” y de las organizaciones no lucrativas, se basa en la “solidaridad” y debe absorber los efectos de la exclusión social.

Las empresas suelen estar en manos de fundaciones bancarias, cuyo potencial ético es empleado por los grupos económicos y políticos neoliberales (un modelo “asociativo”) como un instrumento para convertir el trabajo en temporal y flexible, lo que reduce al mismo tiempo el poder sindical y los salarios. Dicho de otra forma, lo que realmente importa es crear ganancias mediante el control de la empresa social y la cooperación. A partir de estos antecedentes podemos entender también el manejo fiscal de las donaciones de solidaridad y el financiamiento público de las empresas sociales bien conectadas con los principales grupos políticos o de negocios.

Por lo tanto, es este un uso instrumental de la cooperación social y de la participación obrera. Se trata de una asociación y una democracia económica falsas dentro del “tercer sector”, organizado según las reglas de la eficiencia capitalista. Es un empleo de la economía no lucrativa que reemplaza el Estado de bienestar canalizando y comprimiendo los conflictos para permitir que el Estado se sustente en las reglas de la ganancia, mientras que las donaciones de caridad contribuyen a que el sistema funcione.

En este contexto, las nuevas formas cooperativas y de concertación de la negociación/colaboración de los sindicatos solo conducen al debilitamiento de los derechos sindicales —que se conquistaron mediante las luchas de la clase obrera— y a un aumento de las desventajas sociales del desarrollo económico. Asistimos de este modo al nacimiento de un bloque social basado en el nuevo modelo “asociativo”, que es el centro de un tipo de relación industrial que solo se preocupa por el desempeño de la empresa y la destrucción de la solidaridad y la unidad de la clase obrera. Es un modelo que se hace realidad mediante una comunicación capaz de influir en toda la sociedad.

La *fábrica tradicional* (producción estandarizada) se ubica en las zonas marginales, en las cuales los costos laborales son bajos y pocos los conflictos.

En las zonas principales encontramos la *fábrica innovadora* (producción creativa). En ellas el mercado laboral está altamente especializado y determina un tipo de aristocracia obrera y la *marginalización de los demás sujetos económicos del trabajo*. Es este el caso de los *empleados públicos, los pequeños comerciantes al por menor, los trabajadores precarios y (cada vez más) los desempleados*.

Los procesos de descentralización productiva, relocalización y subcontratación que encontramos en empresas tanto grandes como pe-

queñas, incrementan constantemente el número de los grupos de empresas donde las condiciones laborales no están reguladas. En este caso, por la relación no regulada entre el capital y el trabajo, el obrero está más y más individualizado y carece de garantías. Debemos considerar también la *miniaturización de la empresa* hasta llegar a la empresa de un solo hombre, con el consiguiente aumento del sector del autoempleo. Un sector que se caracteriza por *la expulsión de una parte creciente de los obreros de las empresas matrices, los cuales se ven forzados a ocupar una posición laboral nueva, precaria, más subordinada que en el pasado.*

Así pues, el contexto del desarrollo económico italiano cambia: de un modelo centralizado y polarizado a la fábrica social, que está difundida por todo el territorio. Es un nuevo ciclo del capitalismo que se caracteriza por una amplia *descentralización productiva*, desde una migración de las poblaciones y la fuerza de trabajo procedentes de las zonas principales hasta la reducción del tamaño promedio de las empresas y maquinarias. Todo se basa en la *movilidad, la flexibilidad y lo precario del trabajo y la imposición —mediante las políticas económicas y culturales del Estado de la ganancia— de la fábrica social generalizada.*

Desde el Estado social, como agente de la mediación del conflicto y la cooptación social, hasta el Estado de la ganancia basado en la cultura empresarial

Estamos en presencia de un proceso en curso de redistribución territorial causado por los fenómenos de reestructuración y reconversión industrial y que afecta el modo mismo de manifestación del desarrollo capitalista. Un nuevo modo de producción se estableció, y se diversifica cada vez más en comparación con anteriores procesos productivos, en particular los industriales. Esta transformación social crea nuevas necesidades y actividades, la mayoría de las cuales son precarias y aparecen en el sector terciario. Ellas generan y al mismo tiempo impulsan nuevos mecanismos de crecimiento, de organización social y de acumulación de capital. Esto se consigue también mediante el uso específicamente productivo de los recursos del capital intangible, que depende de la información y la comunicación así como de la desregulación (el objetivo es atacar los derechos sociales en general y los derechos laborales en particular) y a través de una reorganización del territorio. Este proceso va acompañado de la precariedad de todo el ciclo de vida social de la clase obrera y del conjunto de la fuerza laboral. Al mismo tiempo, se cuestiona el papel específico del Estado intervencionista como empleador y mediador en el conflicto social mediante políticas keynesianas.

En la era fordista, el Estado social tenía una función económica redistributiva como consecuencia de la fortaleza del movimiento obrero. Esta fortaleza le permitió conseguir una parte mayor del ingreso para el tra-

bajo, es decir, un mayor salario social (o sea, el salario directo, indirecto y pospuesto). Pero esto tuvo lugar dentro del capitalismo y las relaciones de producción capitalistas, lo que hizo posible el desarrollo de relaciones sociales que, aunque mediadas por el Estado, se centraban en el uso del acuerdo fordista-keynesiano y se emplearon también como un elemento para controlar cualquier forma de antagonismo, contención y cooptación del conflicto social, precisamente para impedir el surgimiento de aquellas relaciones sociales que podían prefigurar las nuevas relaciones sociales (y en esto el capitalismo realmente tuvo éxito).

En otras palabras, la intervención del Estado en la economía nunca previó otras relaciones junto a las capitalistas ni, mucho menos, relaciones fuera o más allá del capitalismo, porque el Estado social no era más que una consecuencia, un tipo y un modo de manifestación, de las formas de existencia del capitalismo en un momento en que las relaciones de poder entre el capital y el trabajo eran más favorables al movimiento obrero que en la actualidad.

Esto es más cierto hoy día, en una fase en la que la intervención del Estado en la economía y el propio Estado social se hicieron incompatibles con los paradigmas del desarrollo neoliberal.

El principal objetivo del empresario es maximizar las ganancias. En el modo de producción fordista esto se conseguía en lo fundamental mediante el crecimiento del Estado social, que hizo posible que incluso los estratos menos favorecidos consumieran y compraran: los salarios no eran solo un costo, sino también un ingreso. Por lo tanto, la estimulación de la demanda y el consumo, centrada en la venta de mercancías, significaba el uso de servicios sociales que sólo en apariencia eran gratuitos (la educación, los servicios de salud, etcétera). En realidad eran una reapropiación del salario indirecto (y, por tanto, de la plusvalía) en una fase en la cual las relaciones de poder hicieron posible una redistribución más favorable al trabajo. En la nueva situación, en una fase que es más favorable al capital, el espacio para maniobrar y la fuerza del movimiento obrero disminuyeron y los salarios se convirtieron en un costo que había que reducir todo lo posible.

“Es por esta razón que el Estado social, como redistribuidor del ingreso a través del sistema fiscal, y como creador del ingreso constituye un obstáculo para el capitalista posfordista, por lo que debe ser eliminado. Por un lado, es visto como la causa de los excesivos costos del trabajo (cargas sociales y apropiación fiscal) y, por otro, como la causa del excesivo costo del dinero (crecientes tasas de interés para canalizar los ahorros hacia la deuda pública) (...) el sistema de justo a tiempo prospera debido a la atomización del mercado; el gusto del consumidor individual y el deseo de comprar son decisivos, deben ser estudiados, explorados y satisfechos sin demora tan pronto como se manifiestan”.⁸

⁸ Marazzi, C.: “Il posto dei calzini”, pp. 106-107.

Las consecuencias son un perceptible crecimiento del desempleo visible o invisible, la precariedad del trabajo, la negación de las garantías sociales y de los derechos laborales elementales, en un territorio que deviene fábrica social y se convierte en el lugar de experimentación y dominación de lo que es compatible con la empresa.

Todo depende de *la precariedad del las relaciones laborales, la negación de las garantías, de la gran movilidad y flexibilidad del trabajo, de la imposición (mediante la política cultural y económica del Estado de la ganancia) a los nuevos sujetos del trabajo, el no trabajo y el trabajo denegado de una adaptación activa a los horizontes organizativos y económico-culturales impuestos por la presente fase del desarrollo capitalista.*

3. EL CONFLICTO SOCIAL EN LA ÉPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

El Estado de la ganancia y el militarismo keynesiano

La propensión a la crisis de la economía más poderosa y grande del mundo, junto con la guerra contra el terrorismo, la cual es muy probable que se intensifique en los años venideros, así como los increíbles costos de construir y asegurar un imperio nuevo indican que los Estados Unidos están desarrollando una economía de guerra.

La economía de guerra habrá de tener un carácter estructural, es decir, tendrá que ser muy amplia y a largo plazo (con recortes de los sistemas de salud y pensiones y del Estado social). Esta economía tiene como objetivo detener la tendencia hacia una crisis de acumulación y una fuerte recesión. Se propondrá relanzar la demanda y las inversiones, aunque recurriendo directa e indirectamente a los gastos militares (inteligencia, seguridad, etc.) relacionados con el proyecto del gobierno de construir el imperio.

Los costos financieros directos de este proyecto probablemente serán tan grandes como para obligar al gobierno a regresar a las políticas keynesianas de la década del treinta del siglo xx, la Segunda Guerra Mundial y los años siguientes. Esto conducirá a los Estados Unidos a librar una guerra global permanente, que obviamente implica gastos militares crecientes y reducciones serias de los gastos públicos de naturaleza social (pensiones, salud y beneficios a los trabajadores), gastos militares públicos en lugar de gastos sociales, lo que equivale a un cambio en las políticas keynesianas clásicas. Estas dejan de estar ligadas al régimen de acumulación/modo de regulación fordista o a un dilatado *boom* económico. No son ya el modelo keynesiano con un alcance social que solía emplearse como amortiguador del choque social a fin de refrenar los conflictos del movimiento obrero. Se trata de un keynesianismo militar que crea conflictos y guerras destructoras de seres humanos y bienes, cuyo fin no es otro que permitir que el capitalismo salga de su crisis y reafirme sus propósitos hegemónicos dentro de los conflictos interimperialistas. Entramos así en una guerra permanente global, o más bien posglobal, como un elemento constitutivo del carácter central de los Estados Unidos, donde el bienestar es un factor residual.

En esta ocasión, a diferencia de otros períodos históricos, el keynesianismo militar lo único que conseguirá es estimular y consolidar algunos sectores productivos, pero no será capaz de manejar del todo la crisis capitalista de los Estados Unidos. Esta vez la crisis es profunda, lo que determinó y sigue determinando serios conflictos geoeconómicos entre las tres grandes potencias (los Estados Unidos, la Unión Europea y los polos asiáticos). El hondo proceso de transformación actual obliga a reconsiderar las viejas categorías económicas, los sujetos productivos, el papel del Estado y la política económica. *La reestructuración capitalista de hecho disolvió las grandes fábricas donde el antagonismo social estaba mejor organizado. Ahora están desmanteladas y subdivididas en distritos, empresas de redes, firmas de actividad central y sectores productivos diseminados por el territorio. Los cambios en la estructura productiva y los procesos reestructuradores del sistema capitalista han originado necesidades diferentes, modificaciones en las figuras productivas, alteraciones en la subjetividad tanto del trabajo como del no trabajo, y transformaciones en la estructura, el papel y la conducta del Estado.*

Lo que arroja claramente nuestra investigación es el intenso proceso de terciarización, que acompaña a la acumulación flexible. Esta última se distingue cada vez más por la precariedad del trabajo y de lo social. Explican esta terciarización la reorganización industrial y la conversión tecnológica, así como los cambios que afectan la esencia de los servicios y la producción. Surgen nuevas figuras y composiciones de clases que sufren cambios, interactúan entre sí y quedan integradas en lo que es compatible con los procesos productivos capitalistas y otros procesos económicos, sociales y políticos resultantes.

Las transformaciones estructurales que caracterizan el sistema socioeconómico modifican también, sobre todo, la esencia y el modo de inserción de los nuevos sujetos sociales y productivos. *Esto no puede entenderse mediante análisis que todavía se centran en la importancia decisiva de los trabajadores y la fábrica y en un papel del Estado que ya resulta anticuado.* Estos procesos de transformación suelen ignorarse y los nuevos sujetos económicos no están protegidos ni en ocasiones siquiera considerados, debido al dominio de la cultura de compatibilidad industrial. Se siguen utilizando análisis sindicales y políticos, así como contribuciones científicas caducos. Estos análisis son compatibles con los actuales procesos de redefinición del capital, pero no guardan relación con la realidad socioeconómica concreta que, una vez más, debe interpretarse mediante un análisis clasista.

Es mediante el análisis clasista que algunos de los resultados de la encuesta-análisis pueden comprenderse. Estos resultados pudieran sorprender a aquellos que interpretan los fenómenos socioeconómicos sin hacerlo desde el interior de la cultura y las contradicciones de clase. El actual orden económico capitalista determina la reubicación social de la

empresa en una fase de reorganización profunda. Debido a esta reubicación, las diferentes formas (tanto abiertas como ocultas) del trabajo asalariado aumentan en vez de disminuir (como una lectura superficial podría hacernos creer); los sujetos más débiles, menos funcionales, compatibles y consolidados son seleccionados; y se diseñan de nuevo los patrones de la relación social entre las empresas y el territorio lo que refuerza la tendencia *al fortalecimiento de la lógica del Darwinismo social*. En este contexto *prevalecen las opciones típicas del capitalismo salvaje: aquellos que no están integrados son expulsados y aplastados por las leyes de hierro de un mercado cada vez más selectivo*.

De este modo, el análisis basado en los modelos de desarrollo engendrados por la transformación económica y social provocada por un nuevo sistema de firmas, reemplaza al que se sustenta en el carácter central de la fábrica y los obreros. Aquel sistema se apoya sobre todo en el sector terciario, lo precario del empleo, la diseminación de la fábrica social y la acumulación flexible, verdadera responsable de las transformaciones actuales y del nacimiento de nuevos sujetos productivos.

Los diferentes modelos de análisis social y económico que han adoptado hoy los investigadores de diferentes orientaciones económicas y educativas siguen estando sujetos a criterios que se derivan de un modelo enfocado en el carácter central de la fábrica. Una gran parte de los sindicatos oficiales y de las fuerzas políticas de izquierda, que comprende a un sector de las formaciones políticas alternas y radicales, consideran que este modelo es de primordial importancia. Este enfoque sigue recurriendo a la fábrica, el modelo centrado en la clase obrera, para explicar el desarrollo de la flexibilidad de la firma y los puntos de referencia que permiten definir las orientaciones y la acción políticas.

Los procesos de desarrollo económico en curso necesitan una nueva lógica interpretativa y nuevos instrumentos, pero los análisis económicos que apelan a un enfoque “industrialista”, “fordista” y “posfordista modernista”, ignoran a una y otros. Las transformaciones estructurales que caracterizan el sistema socioeconómico actual modifican también, y es posible que sobre todo, la esencia y el modo de interacción del desarrollo capitalista que deja atrás el carácter primordial de la fábrica y se desplaza hacia un sistema cultural y productivo que cada vez se centra más en el territorio y, se apoya en el *papel activo del Estado de la Ganancia*. Esto solo puede observarse e interpretarse mediante *un análisis de clase disgregado que tiene por objeto la distribución territorial de las actividades*.

Este análisis da como resultado un mapa geográfico constantemente puesto al día del desarrollo económico y social, *que destaca el papel específico de la flexibilidad de la empresa. Esta flexibilidad obliga a los nuevos sujetos del trabajo y el no trabajo a adaptarse activamente a la organización de un tipo de empresa que se caracteriza cada vez más por realizar actividades de servicios y se encuentra diseminada por el*

territorio. Este sistema de empresa engendra relaciones de producción capitalistas que siguen teniendo por objetivo la explotación y la extorsión global de plusvalía.

Por lo tanto, el análisis debe estar dirigido al campo de las nuevas relaciones industriales. A partir de esta premisa se pueden señalar las siguientes características estructurales de los sistemas productivos locales: trabajo calificado; intensificación de los ritmos del trabajo; una más extendida división del trabajo; producción y mercados especializados; multiplicidad de los sujetos económicos; nuevos sujetos en el mundo del trabajo; un profesionalismo extendido de los trabajadores, que va acompañado, en el caso de las labores más miserables, de contratos externos con un gran componente de trabajo clandestino, no registrado y mal pagado; difusión de relaciones individuales “cara a cara”, sin organización sindical.

Las transformaciones estructurales que caracterizan el sistema socioeconómico son, ante todo, transformaciones que se derivan de la continua interacción del nuevo sector de servicios posfordista con el resto del sistema productivo, con todo el territorio. La razón radica en que estas transformaciones nacen de la necesidad de redefinir el capital desde los ángulos productivo y social, dentro de las relaciones de clases y el conflicto entre el capital y el trabajo.

Las formas clandestinas del trabajo asalariado, las formas contingentes y fuera de los libros del trabajo, las nuevas formas del trabajo auto-empleado que esconden la cruda realidad en que viven los expulsados del ciclo productivo, constituyen la nueva marginalización social en lugar de un nuevo empresariado.

Por lo tanto, el territorio es el centro de una parte considerable de los intereses de la colectividad, la clase y los nuevos sujetos que operan en la fábrica social. Una fábrica social generalizada que engendra nuevos sujetos, sujetos cuya recomposición en un cuerpo clasista está enraizado en la reestructuración neoliberal, en el modo de producción y en el dominio social de la firma, la ganancia y el mercado.

Es posible llevar a cabo, mediante un procedimiento científico y objetivo y dentro de los límites del mismo estudio, un análisis tanto nacional como internacional. El propósito consiste en analizar los modos de establecimiento de un sistema económico concentrado en un espacio y especializado en un determinado sector o en varios sectores de la producción, vinculándolos con una población cohesionada espacial y socialmente.

La amenaza constante del desempleo, en particular, la coexistencia del desempleo coyuntural y estructural, la preponderancia de las finanzas en la economía, y el paradigma de la acumulación flexible en la llamada “época posfordista”, en virtud de la automatización de la producción y la intensificación del trabajo, ejercen una sustancial influencia en el deterioro general de las condiciones de las clases trabajadoras

mundiales. La “incertidumbre de la existencia” de que hablara Engels sigue creciendo. Estos factores objetivos otorgan evidente validez a la teoría marxista del empobrecimiento absoluto y relativo. De esta manera, el desarrollo del capitalismo actual vuelve a confirmar por sí mismo otra de las tesis fundamentales de Marx: la intensificación del proceso de proletarianización dentro de la sociedad capitalista, el aumento, aunque en formas diferentes y articuladas, del trabajo subordinado, del trabajo asalariado y, en cualquier caso, del segmento social sometido a la explotación capitalista. Este segmento se convierte en el proletariado, deviene movimiento obrero que se transforma en clase y, por consiguiente, en subjetividad político-social, cuando toma conciencia de su propio papel antagonico y de su misión en tanto que sujeto de la transformación del capitalismo.

El actual problema social y económico del trabajo no radica entonces en el solo desempleo progresivamente estructural. Tiene que ver también con una serie de problemas cuantitativos y cualitativos y, por tanto, con los nuevos tipos del trabajo, el trabajo denegado y el no trabajo, inherentes a un modo de producción capitalista que no ha cambiado. El problema del trabajo afecta también hoy a los que tienen empleo, toda vez que la gente trabaja más que nunca y en condiciones que son cada vez más precarias y desprotegidas, con un salario social absoluto y relativo que no deja de disminuir y altos niveles de movilidad e irregularidad.

En la actualidad, la gran mayoría de la población de los países capitalistas está compuesta por trabajadores asalariados. El trabajo asalariado constituye la base del capitalismo, en un grado mucho mayor que en la época de Marx, en los procesos y dinámicas del modo de producción capitalista.

Los cambios más recientes en la estructura de la clase obrera indican la gran importancia del “trabajador colectivo”, categoría de análisis que Marx introdujo e investigó. Esta categoría abarca a aquellos que realizan un trabajo tanto físico como intelectual y que participan directamente en la creación de un producto. Ellos son, en relación con el capital, trabajadores asalariados, obreros subordinados, el segmento social subordinado al dominio del modo capitalista de producción. Este último se basa en la explotación y, por lo tanto, en la valorización del capital en su relación antagonica con el trabajo vivo.

El número cada vez mayor de los empleados fuera de la producción material propiamente dicha, de los trabajos flexibles, precarios, a plazo fijo y atípicos, y la proporción creciente del trabajo intelectual y/o de los trabajadores falsamente autónomos dentro del “trabajador colectivo”, son tendencias que están lejos de mostrar una desproletarianización de la clase obrera, de la clase trabajadora en general.

Así pues, también el trabajo asalariado se reproduce a sí mismo en una escala mayor en los países capitalistas avanzados, donde las formas de explotación son más sutiles e incisivas que nunca, a pesar del paso

desde el fordismo a una forma más flexible de producción/regulación del trabajo (el llamado posfordismo), desde el obrero de masas hasta el “trabajador social”, desde el carácter central de la fábrica hasta la fábrica social generalizada, desde los trabajadores de cuello azul hasta los de cuello blanco, desde el trabajo manual hasta los trabajadores intelectuales y del conocimiento.

Por consiguiente, hemos llegado a una fase en la que aparecen en la escena social y económica nuevas subjetividades, nuevas formas de pobreza y, como consecuencia, nuevas figuras que han de ser reagrupadas en un proyecto de recomposición y organización del conflicto entre el capital y el trabajo, a partir de una nueva ofensiva de todos los trabajadores en una nueva temporada de lucha de masas por un nuevo sujeto que no es otra cosa que el modo actual de vida y aspecto del movimiento obrero.

Debemos desplazarnos hasta más allá del horizonte del capitalismo comenzando por la supresión de las fronteras sociales entre la clase obrera propiamente dicha, los intelectuales y las nuevas figuras de trabajo, el no trabajo y el trabajo denegado. Debemos encontrar espacios comunes a estos grupos en su lucha por la emancipación social (que en realidad los sitúa de nuevo dentro de los confines del conflicto entre el capital y el trabajo). Al hacerlo, debemos superar la tesis del fin del movimiento obrero, que algunos investigadores marxistas defienden también.

¡Cuánto se ha hablado del fin del movimiento obrero! El análisis científico que hizo Marx del trabajo asalariado y de la proletarización y pobreza (tanto absoluta como relativa) en sectores cada vez más amplios de los países capitalistas avanzados —por no mencionar la esclavitud, el feudalismo y la miseria absoluta en el Tercer Mundo y en el Cuarto— no deja de cobrar importancia.

Son estos nuevos sujetos de clase, capaces de detonar contradicciones socioeconómicas y procesos de socialización como un sujeto unitario dentro de un nuevo movimiento obrero. Sus valores y su conducta se orientan hacia un tipo de desarrollo —al tiempo que se derivan de él— que, debido a la reorganización de la empresa y el capital, afecta profundamente el territorio y crea sus propias contradicciones en esta fase del conflicto entre el capital y el trabajo. Este enfrentamiento, lejos de haberse debilitado, surge con todo su poder perturbador y da origen a una dinámica de recomposición de clases.

Los viejos y persistentes mitos no oscurecen la importancia de las ideas marxistas

Fue el propio Marx quien reveló la tendencia objetiva hacia la explotación máxima de la clase obrera y el papel decisivo del conflicto de clases. Así ha ocurrido y sigue ocurriendo a lo largo de toda la historia del

capitalismo. Como señalamos antes, esto es más cierto aun en la fase actual en la que los modos fordistas de producción coexisten con los llamados modos posfordistas y con verdaderos modos esclavistas, no solo en la periferia, sino también en los principales países capitalistas.

Lo que sigue caracterizando hoy, y en mayor medida, el modo de producción capitalista, no es que una parte de la población explote a la parte restante. Por el contrario, su rasgo específico es la forma de explotación, o sea, la producción de *plusvalía*, *por la que el capitalista no paga un equivalente. Es la forma de intercambio entre el capital y el trabajo que constituye el fundamento de la producción capitalista, esto es, del sistema de trabajo asalariado, que debe conducir a la reproducción constante del obrero como obrero y del capitalista como capitalista.*

Nos encontramos aquí ante uno de los grandes resultados de los análisis económicos de Marx, la “paradoja de la ganancia”: *la ganancia no surge en el intercambio, sino del hecho de que las mercancías se venden exactamente por su valor.* (Sobre estas y otras consideraciones que expusimos antes en esta sección, véase el Prefacio en “Un viejo mito”, ob. cit.). En *El Capital*, t. III, Marx subraya explícitamente que el costo de un producto comprende todos los elementos constitutivos de su valor, que el capitalista paga. Por lo tanto, estos costos deben recuperarse para que el capital se preserve, para que su magnitud vuelva a ser equivalente a su cantidad original.

Según lo dicho antes, el lector seguramente habrá percibido que la ganancia no es otra cosa que la plusvalía misma. Para ser más exactos, la ganancia es la forma fenoménica de la plusvalía, el resultado del capital invertido.

Es en *El Capital*, t. III, cap. 9, donde los comentaristas han visto la explicación que da Marx de “*cómo se forma una cuota general de ganancia (cuota de ganancia media) y cómo los valores de las mercancías se convierten en precios de producción*”. El punto de partida es precisamente la asunción de que los precios de producción no son otra cosa que los precios realizados sobre la base de la cuota media de ganancia. Añadiendo esta cuota a los precios de costo en los diferentes sectores llegamos a la definición “clásica” de los precios de producción.

Es este precisamente el punto fundamental, el lugar del enfrentamiento clásico que ha estado ocurriendo durante décadas y que se discutió en el Congreso organizado en el ya mencionado “Laboratorio per la Critica Sociale”, que se celebró el 22 de mayo del 2002 en Roma. Se trata de un punto fundamental para analizar el actual modo de producción capitalista y el carácter central de la explotación como una categoría del análisis y la relación entre el capital y el trabajo.

La base del enfoque que hace Marx de la transformación de los valores en precios fue el objeto de *Un viejo mito* y del Congreso antes mencionado. En ese libro, los investigadores que han venido estudiando este problema durante muchos años (C. Cardechi, A. Freeman, A. Ramos y

A. Kliman) dieron respuesta a las críticas señalando que el problema en cuestión no es más que un mito. En realidad, Marx investigó la transformación de los valores en precios en *El Capital*, t.III. Este trabajo se comparó con el manuscrito original de Marx que se publicó por primera vez en 1992 como parte de las *Obras completas de Marx y Engels (MEGA)*. Los resultados fueron sumamente útiles.

Los autores de *Un viejo mito* trataron a los llamados “críticos” con paciencia, seriedad y rigor científico, mediante un lenguaje y un enfoque accesible, destinado a destacar una vez más la corrección formal y sustancial del análisis de Marx. Los precios de producción, por lo tanto, se basan en la existencia de una cuota media de ganancia tendencial que, a su vez, se fundamenta en el hecho de que las cuotas de ganancia de cada sector ya se habían transformado en cuotas medias de ganancia en el período precedente.

Por lo tanto, es posible reconstruir una presentación coherente de la teoría del valor marxista que no está afectada por el “paso traumático” (como así lo consideran los críticos de Marx) del “capital en general” a los “capitales individuales”. La plusvalía puede aparecer en una forma transformada como ganancia, o la cuota de plusvalía puede aparecer en una forma transformada como cuota de ganancia, pero este desarrollo, como explicara Marx en los *Grundrisse*, solo tiene lugar “*en el análisis de muchos capitales (reales) y todavía no tiene lugar aquí*”. Dicho de otra forma, este desarrollo ocurre cuando surge la cuota media de ganancia y la transformación de los valores en precios. Esto está determinado por la competencia, que no se toma en consideración en el análisis del “*capital en general*”. Como explica Marx, si se quiere analizar científicamente el desarrollo real del capitalismo, si se quiere analizar la relación capital/trabajo, el papel de la plusvalía como la bisagra del modo de producción capitalista, no se debe comenzar desde “muchos capitales reales”, sino desde el “capital”, es decir, el conjunto del capital de la sociedad. Esto aparece claramente explicado en los *Grundrisse*: “*Nuestro análisis no se altera al introducir muchos capitales reales. Por el contrario, su relación solo resulta clara si destacamos lo que tienen de común, es decir, el ser capital*”.

Es en este desarrollo de aspectos sucesivos, aunque estructurales, donde podemos encontrar una explicación apropiada de la supuesta contradicción entre los tomos I y II de *El Capital*. Marx explicó diáfamanamente que la plusvalía es el origen de la ganancia, y que el sistema de precios es la expresión fenoménica de la ley del valor. Por lo tanto, la razón de que las mercancías no se intercambien según su valor obedece a que, en el intercambio de los productos de los capitales, estos productos actúan como reclamos de distribución de la masa de plusvalía entre los capitalistas.

Una reconstrucción filológica coherente de los textos marxistas, que fue posible gracias a la edición de las obras completas conocida como MEGA, nos permite argumentar que muchas de las interpretaciones tra-

dicionales de la “transformación” de los valores en precios provienen de una incomprensión de algunos aspectos teóricos fundamentales, o bien, en algunos casos, de interpretaciones que se proponen cuestionar la importancia del enfoque de Marx para la superación del capitalismo.

Las respuestas que dieron Kliman, Freeman, Carchedi y Ramos, además de las de Callari y De Angelis, fueron muy precisas, y algunas de ellas se pueden leer con más detalle en el libro antes mencionado. Estos autores respondieron a los críticos desde el punto de vista de la interpretación de sistema único temporal —o TSSI según sus siglas en inglés— (puede verse también lo expuesto por Vasapollo en el número anterior de *L’Ernesto*).

En pocas palabras, si los críticos, incluidos los que participaron en el congreso que organizó el “Laboratorio Per La Critica Sociale”, hubieran abandonado sus modelos y hubieran utilizado un método diferente en el que los precios de las entradas y las salidas no están determinados simultáneamente, es decir, si hubieran tomado en cuenta el *tiempo* como una variable, hubiesen entendido que la transformación de los valores en precios de Marx es rigurosamente científica y, al mismo tiempo, que el problema de la transformación es un seudoproblema. Esta es la razón de que el análisis de Marx sea lógicamente coherente, científico por su forma, ilimitado y de gran relevancia.

El enfoque temporal se introdujo en el debate italiano por primera vez, lo que permitió llenar una laguna y sirvió de ayuda a los marxistas. Ya no caben excusas para seguir ignorando las contribuciones del “enfoque temporal”. Aquellos que así hacen dejarán de contar con excusas para ignorar este enfoque, pero tendrán que admitir que el interés real de sus propias interpretaciones es la demolición del marxismo.

Precisamente a partir de este enfoque, de la coherencia científica, holística y lógica de Marx, es posible argumentar lo que se ha escrito en párrafos anteriores.

El análisis que realizó el CESTES (Centro Studi Trasformazioni Economico-Sociali) de la crisis actual del capitalismo, que es también una crisis de superproducción, acumulación y de expansión de la demanda (que se debe, entre otras causas, a la tendencia a la contracción global del salario social de toda la clase obrera), realza, como dijimos antes, que el llamado ciclo posfordista de la fábrica social generalizada causa, además del desempleo estructural, las variadas formas del trabajo flexible y atípico, y del trabajo asalariado, dependiente y dirigido por otros, que constituyen aquel segmento social que está sujeto al dominio capitalista porque está sometido a la explotación en el modo de producción capitalista. *Pero el objetivo de este análisis debe ser la identificación, desde el ángulo de las relaciones de clases, de la subjetividad y la objetividad antagónicas capaces de crear a largo plazo la posibilidad de suprimir el capitalismo, esto es, la identificación del papel del nuevo sujeto proletario.*

En lo concerniente a esta última cuestión, aquellos que rechazan, a partir de fundamentos empíricos o lógicos, el *sujeto proletario* en la época del posfordismo y del capitalismo maduro, lo hacen con el fin de negar el carácter central del conflicto entre el capital y el trabajo y del movimiento obrero, lo que cuestiona el conjunto del enfoque de Marx como una teoría del proceso de acumulación. Debe quedar claro que no se trata de repetir acríticamente los dictados de socialismo real del siglo XX. De ninguna manera, ¡pues es mucho más lo que está en juego! De lo que se trata es de reafirmar la relevancia y validez del movimiento obrero como una clase asalariada sometida al dominio capitalista en las distintas formas de manifestación del trabajo asalariado. Asimismo, la cuestión consiste en fortalecer el proceso de recomposición de clases admitiendo que el sujeto político revolucionario no es otro que la subjetividad proletaria, el proletariado, todos aquellos que están sometidos a la explotación capitalista.

La posibilidad de suprimir el capitalismo está inserta en la relación entre el capital y el trabajo

Este proyecto solo se puede derrotar dando inicio a una nueva fase en el conflicto entre el capital y el trabajo, creando conciencia de las transformaciones sociales como procesos antagónicos. En esta nueva fase, la clase de los sometidos al dominio capitalista, de los sujetos del trabajo y del trabajo denegado, de los sujetos explotados en cada forma de la vida social toman conciencia de su propio papel. Esta subjetividad determinada por la clase actúa como un medio de comunicación. Mediante él, los diferentes sectores sociales toman conciencia de la subordinación de las fuerzas productivas a las fuerzas de la producción, esto es, de su socialización, lo que pone en marcha aquellas transformaciones que a la larga determinarán la supresión del capitalismo.

De esto se desprende que la liberación de todos los sometidos al dominio y la explotación capitalistas solo es posible si se suprime el modo de producción capitalista mediante la creación de un fuerte movimiento obrero dentro de los movimientos de masas antagónicos sociales más amplios. Esta conclusión tuvo y sigue teniendo suma importancia, ya que cuestiona todas las ilusiones relacionadas con la posibilidad de eliminar la contradicción capital/trabajo dentro del modo de producción capitalista.

Debemos recordar que los empresarios actúan dentro de instituciones socioeconómicas, y que deliberadamente llevan a la práctica sus propias decisiones. El propósito es alcanzar los objetivos de eficiencia previstos en complejas condiciones ambientales y sociales. Estos objetivos deben ser compatibles con el mercado y la generación de ganancias.

Desde este ángulo, *la función tradicional del empresario puede seguir existiendo al margen de la presencia de la estructura empresarial entendida en su significado tradicional.*

El autoempleo, el trabajo precario, la flexibilidad salarial y los contratos de agencia temporales, es decir, los nuevos patronos, el trabajo intermitente, el multifuncional y la fábrica diseminada e integrada: es *esta* la contribución real de los trabajadores a los aumentos de productividad. Debido a la flexibilidad de la firma diseminada por todo el tejido social, aparecen modos nuevos y flexibles de la acumulación del capital. Se derivan ellos de las cantidades siempre crecientes de trabajo social que se realiza con diferentes tecnologías y se paga de diferentes modos, debido también al papel del Estado de la ganancia.

Las nuevas formas de colaboración concertada y cooperativa solo han dado como resultado la reducción de aquellos derechos sindicales que habían sido conquistados durante largos períodos de lucha. Por consiguiente, aumentaron los retrocesos sociales del desarrollo y surgió un bloque social cuyo espíritu de concertación se centra en las *relaciones industriales que son útiles al desempeño de la empresa y permiten romper la unidad y la solidaridad de los trabajadores.*

Pero detrás de los incentivos, el pago de horas extras, los bonos de producción, las acciones concedidas a los empleados, la última generación del trabajo autónomo, el tan alabado desarrollo del empresariado local, el gran crecimiento de la “gente de empresas”, el sector no lucrativo, la cooperación social, el llamado al *keynesianismo como transformador y portador de relaciones diferentes a las capitalistas*, detrás de todo esto se encuentra únicamente el modo de existencia del sistema de producción y relaciones del modo de producción capitalista que genera mitos falsos para esconder sus propias contradicciones. La posibilidad de participar en el “juego” que no hace más que definir de nuevo los mecanismos de control y gobierno de la economía (en lo que a esto respecta hay que pensar en las grandes ventajas para el capitalismo que se derivan del keynesianismo auténtico y del Estado social) se le concede a los trabajadores mediante formas de cooperación ficticia y de dirección de la propiedad. Los trabajadores se involucran en una administración económica a través de procesos de falsa democratización de la empresa y de todo el sistema económico. Lo que se pone en práctica son interpretaciones de una democracia económica basada en un modelo coercitivo y de asociación de las relaciones económicas y sociales que se centran en la eficiencia de la firma. Estos modelos y relaciones nunca cuestionan la redistribución del poder para tomar decisiones, sino refuerzan los procesos de acumulación mediante la formación de capital como un todo.

Esto no significa que debamos rechazar la lucha por logros y demandas graduales. Todo lo contrario. Pero debemos poner en práctica desde

ahora un poderoso reformismo estructural que forme parte de una visión a largo plazo de la transformación socioeconómica del capitalismo, sin dejar de ser conscientes de que los modelos de asociación que se proponen en el marco del desarrollo capitalista solo sirven de apoyo al capital y permiten que se valore y expanda. En lo que a esto concierne, es de primordial importancia la iniciativa renovada del nuevo movimiento obrero que debe abarcar las luchas de masas de todos los sujetos antagónicos del movimiento obrero, de los nuevos sujetos del trabajo denegado, de los movimientos contra el neoliberalismo y la globalización, y de los demás movimientos sociales antagónicos (en primer lugar, del movimiento contra la guerra). A estas luchas se debe incorporar también un movimiento sindical fuerte y resuelto que, partiendo del papel rector del sindicalismo de filas, ensanche la zona no conciliadora con el fin de interceptar las necesidades viejas y nuevas y exigir espacios cada vez mayores para la ciudadanía social.

Por lo tanto, la iniciativa destinada a acceder a una nueva fase del conflicto social debe comenzar por un renovado despliegue de la lucha de masas en defensa de los derechos sociales en general y de los sindicales en particular, de las luchas por aumentos salariales, por una mejor calidad de vida y trabajo, por menos horas de trabajo sin reducciones del salario, contra la flexibilidad y la precariedad del trabajo, los salarios y la vida social, por un ingreso social mínimo para todos los desempleados, trabajadores en precario y jubilados, por la defensa de la democracia, por un regreso a la intervención del Estado en la economía y el empleo, por una ampliación de los gastos sociales y, en mayor medida que en años anteriores, del Estado social, por una mayor redistribución del ingreso que favorezca a los trabajadores, tanto los que tienen empleo como los desempleados, y por los derechos sociales y los derechos de la ciudadanía.

Pero debemos estar conscientes de que una fase renovada de las luchas obreras y sociales ha de centrarse en el papel rector de las masas, que constituyen la linfa vital para el fortalecimiento de todos los nuevos movimientos antagónicos. En esta nueva temporada de luchas, el nuevo movimiento obrero debe situarse en el centro del conflicto entre el capital y el trabajo. De este modo volverá a conquistar una posición de fuerza para los sujetos del trabajo y el trabajo denegado.

Mediante la demanda de mayores derechos, de mayores salarios directos, indirectos y diferentes, y de mayor democracia, se construye una subjetividad social y política capaz de crear la conciencia de que es necesario suprimir el capitalismo y establecer una formación social verdaderamente nueva que desarrolle formas de relaciones dentro del horizonte del socialismo.

Para lograr esto, debemos desarrollar un análisis que se base en tres aspectos fundamentales de la obra de Marx: el análisis de la economía

en términos del *valor* como expresión socialmente determinada del trabajo humano; el análisis de la dinámica de la sociedad (y de la posibilidad de su transformación) en términos de *clases sociales* y, por consiguiente, del *conflicto entre el capital y el trabajo*; y la *dialéctica* como método de la investigación social.